



LA BOLA NEGRA

clark carrados

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

LÁZARO

DE

TORMES.



Clark Carrados

La bola negra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 709

ePub r1.0

Lds 27.10.17

Título original: *La bola negra*

Clark Carrados, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



La BOLA NEGRA



por CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba sentado en el borde de un pequeño acantilado, que caía sobre el mar desde una altura de cuatro o cinco metros. Las olas rompían mansamente contra las rocas, despidiendo espumas que olían a sal y a yodo.

A lo lejos, el sol era una inmensa bola roja que corría rápidamente hacia su ocultación. Abstraído en sus pensamientos, el hombre, más bien un muchacho, ya que pasaba muy poco de los veinte años, arrojaba piedrecitas contra el mar, mientras una indefinible sonrisa, en la que se mezclaban diversos sentimientos —satisfacción, alegría, placer de haber realizado un duro trabajo—, flotaba en sus labios.

Un objeto negro, triangular, surcó velozmente las aguas a una docena de metros de la costa. En aquel lugar, el océano estaba relativamente tranquilo y había ocasiones en que su superficie parecía un espejo, que devolvía duplicada la imagen del astro rey en su ocaso. El muchacho cogió una piedra y la arrojó hacia el escualo, no acertándole por pocos centímetros. Indiferente, el tiburón, continuó evolucionando por aquellos parajes en busca de una presa fresca para su insaciable apetito.

Detrás del muchacho se extendía un bosque con la vegetación propia de las tierras del Pacífico. El rumor de la brisa entre los árboles y el incesante chasquido de las olas contra las rocas le impidieron escuchar el tenue ruido de las pisadas de un hombre que se le acercaba subrepticamente.

El recién llegado se detuvo tras unos matorrales, a cinco o seis pasos de distancia del muchacho, observándole fijamente, en medio de una total quietud. Si alguien hubiera podido contemplar al primero de los dos sin ser visto, se habría dado cuenta del extraño

aspecto que presentaban sus pupilas, convertidas accidentalmente en sendos carbones encendidos al reflejar la imagen del sol en su ocaso.

El hombre se puso en pie. En su mano derecha llevaba un pedrusco de regular tamaño. Balanceó ligeramente el cuerpo durante unos segundos y luego lanzó la piedra hacia adelante.

El improvisado proyectil alcanzó al muchacho, detrás de una de sus orejas, derribándole fulminado sin tiempo para lanzar un gemido. Inmediatamente, el recién llegado salió de su escondite y corrió hacia el caído.

Se arrodilló a su lado y le registró frenéticamente los bolsillos, apoderándose de su cartera con la documentación personal y de una pequeña agenda de notas que tenía en la camisa. Guardó aquellos objetos y luego hizo una cosa extraña.

Buscó una piedra de bordes afilados y, después de rasgar la camisa con las manos, practicó en el torso del muchacho, que sólo estaba desmayado, unas cuantas incisiones, hechas en distintos lugares, sin regularidad, al azar, con la única intención de que le brotase la sangre.

A continuación lanzó la piedra al mar. Luego arrastró el cuerpo hasta el borde y le pegó un fuerte empujón. Se oyó un fuerte chasquido y un chorro de espumas saltó hacia lo alto.

El asesino permaneció unos momentos todavía al borde del acantilado. Miró hacia abajo; después de sumergirse, el cuerpo de la víctima flotaba entre dos aguas, agitado blandamente por las olas. La sangre continuaba fluyendo de sus heridas.

De pronto, la aleta triangular se lanzó hacia adelante con la velocidad del rayo. La sangre allí derramada había atraído el olfato del escualo. Hubo un feroz burbujeo y las aguas se agitaron enloquecedoramente, a la vez que se teñían de un vivo color escarlata en algunos puntos. Pero con el resplandor rojizo del sol, que ya tenía más de la mitad de su disco oculto bajo el horizonte, era difícil distinguir si el color escarlata se debía a la sangre o al reflejo de la luz del ocaso.

El asesino sonrió, cínicamente satisfecho. El tiburón ocultaría las posibles huellas de su crimen. Cualquiera podía perder pie, caer al agua y ser devorado por un escualo. El golpe había sido magistral.

Cuando estuvo seguro de que su víctima ya no sobreviviría, giró

sobre sus talones y se adentró en la selva, al tiempo que el sol lanzaba su último rayo. Por la refracción de las aguas, el rayo escarlata adquirió durante unas décimas de segundo un purísimo color verde, como si delante del sol hubieran colocado una gigantesca esmeralda de singular limpidez. Pero esto ya no lo vio el asesino, el cual caminaba a buen paso por la selva.

Media hora más tarde, ya de noche, llegó a las inmediaciones de un poblado indígena. Eludió los lugares concurridos y se acercó a una gran cabaña, mayor que el resto de las que componían la aldea, y que tenía todo el aspecto de una casa occidental que hubiera sido construida con bambúes y paja. Para el más lerdo, era evidente que en aquel edificio residía un hombre importante.

Llegó a la parte posterior de la cabaña y, empinándose sobre las puntas de los pies, miró a través de una de las ventanas abiertas. Había un hombre tendido sobre un lecho, en el cual no había sido colocado todavía el mosquitero. El hombre parecía muy ocupado con una botella y un vaso.

—¡Andy! —susurró el asesino.

El hombre volvió la cabeza y miró con ojos turbios hacia la ventana. Dejó la botella y el vaso sobre una mesita que tenía al alcance de la mano y se puso en pie, mirando al otro con ojos turbios. Estaba embriagado, pero no tanto que hubiese perdido por completo el control total de sí mismo.

—Maldito —gruñó—. Te he dicho mil veces que no me des ese nombre. ¿Qué diablos quieres?

El asesino movió una mano.

—Sal. Tengo que hablarte.

—¿Qué hay del asunto que te encomendé?

—De eso es precisamente de lo que quiero hablarte. Sal.

—Está bien. —El llamado Andy agarró la botella y le pegó Un tiento, utilizando directamente el gollete. Luego la dejó de nuevo, sobre la mesita, a la vez que limpiaba los labios con el velludo dorso de la mano—. Espérame fuera del poblado. Voy enseguida.

—O. K. Pero no te olvides de lo convenido. ¿Estamos?

—Con mil rayos... ¡Vete de una vez!

Unos minutos después, los dos hombres se reunían en un lugar discreto y reservado, a unos cien metros de la aldea. El rumor de la actividad de los nativos llegaba muy atenuado hasta ellos.

—¿Y bien?

—Todo listo, Andy. El muchacho ha sido devorado por un tiburón, tal como habíamos quedado de acuerdo.

—Perfectamente. Ahora dame lo que le sacaste.

—Un momento —dijo el asesino—. Andy, tú vas a obtener de todo esto un buen provecho. Quiero mi parte y la quiero ahora, por adelantado, ¿estamos? Dentro de dos días llegará la

Ata-Nui

y quiero largarme de esta maldita isla. Así que ya lo sabes; o sueltas la pasta o...

Andy largó un suspiro.

—Está bien. Qué desconfiado eres. Yo pensaba hacerte mi socio...

El asesino, exhaló una risita llena de sarcasmo.

—Prefiero diez, sólidos, contantes y, sonantes, a cien que todavía están por caer. Tú lo sabes bien y eso es lo acordado, Andy. Harás un buen negocio, no lo dudo, pero si no lo llegases a realizar, allá tú. Vamos, lárgame la pasta.

—De acuerdo. —Andy hizo ademán de meter una mano en el bolsillo del pantalón; de repente, sin previo aviso, lanzó las dos manos hacia adelante, agarrando con todas sus fuerzas el cuello del asesino.

Sorprendido, el asesino no pudo rechazar el primer ataque de Andy. Luego trató de forcejear para quitarse aquel dogal que le oprimía la garganta con la fuerza de un torniquete, pero ya era demasiado tarde.

Andy lo empujó contra el tronco, de un árbol cercano. De los labios del asesino brotaban unos gruñidos inarticulados, de escaso volumen, que no podían ser escuchados desde la aldea. Andy apretó y apretó, hasta que todos los movimientos del asesino cesaron. Aun así, continuó manteniendo la presión durante largo rato, hasta quedar completamente seguro de que su víctima había muerto.

Soltó el cuello del asesino y lo dejó caer al suelo. Meneó la cabeza con disgusto. Se sentía muy enojado, no por la muerte que acababa de cometer, sino por el trabajo que debería realizar aquella misma noche sin falta.

—Este condenado hijo de perra —murmuró, con acento de fastidio—. Ahora tendré que enterrarle... y con lo mal que me

sienta a mí el ejercicio.

CAPÍTULO II

De pie, sobre la popa de su embarcación, el capitán Olson dirigía las operaciones de carga. El capitán Olson era un sujeto hercúleo, de casi dos metros de altura y ciento diez kilos de peso, de pelo rojo y ojos extremadamente azules. Vestía una simple camisa, sucia de mugre y sudor, unos pantalones que antaño habían sido grises, pero que ahora carecían de color, y cubría su espesa mata de cabellos con una vieja gorra de marino, necesitada de un relevo más que urgente. Por la abertura de su camisa, a la cual faltaban un par de botones, asomaba un espeso bosque de vello rojizo. En la mano derecha sostenía una gruesa cabilla, la cual blandía con harta frecuencia, a la vez que vomitaba toda suerte de imprecaciones para los tahitianos que intervenían en las maniobras.

—¡Así no! —vociferó—. Sujeta bien ese cabo, maldito. ¿Tienes ganas de que venga una ola y se me lleve esa caja? ¡Atalo bien, te digo, condenado hijo de perra, ojalá se te lleven los demonios!

En el muelle, el operario de la grúa manejaba su artefacto, indiferente a las imprecaciones del capitán. Olson parecía atacado de un paroxismo de cólera.

—Esta labor debería hacerla mi piloto —bramó, con la cara tan roja como su pelo—. Ese bastardo... ¿dónde infiernos se habrá metido? Estará emborrachándose, como de costumbre.

Un taxi se detuvo de pronto a unos pasos del borde del muelle. El capitán Olson arrojó una rápida mirada hacia el coche, cuya portezuela acababa de abrirse en aquel momento.

Una mujer se apeó del taxi. Era joven, de líneas esbeltas, bien proporcionada, de cabellos castaños y ojos grises. Vestía un sencillo traje blanco, que hacía resaltar sus formas compactas y se tocaba con una amplia pamelita del mismo color que el vestido. Pendiente

de la mano llevaba un amplio bolso de rafia, calzaba zapatos de alto tacón y su porte era atractivo y distinguido. Olson calculó su edad como comprendida entre los veintitrés y veinticinco años.

La joven caminó graciosamente, con fáciles andares, hasta situarse al borde del muelle. El taxi quedó esperando.

—¿Capitán Olson? —preguntó.

—Yo mismo, señorita —respondió el aludido, acercándose a la borda de su embarcación—. ¿En qué puedo servirla?

—Tengo entendido que su goleta va a zarpar esta misma tarde, capitán Olson. Al menos, así me lo han informado en la Capitanía del puerto. Ah, me llamo Driscoll, Imógene Driscoll.

Olson se tocó la visera de la mugrienta gorra con dos dedos de la mano.

—Encantado *miss* Driscoll. Pues, sí; es cierto que zarpamos a la tarde... ¡Eh, aguarde un memento! ¡Cuidado, tú, el de la grúa!

Imógene se apartó a un lado, contemplando el ataúd que se balanceaba en el aire y que iba a ser cargado en la goleta. Una sombra de aprensión, cruzó rápidamente por su lindo, rostro.

—Como puede ver —rió Olson—, aquí cargamos de todo, *miss* Driscoll. —Movié las manos, indicando la maniobra al maquinillero—. Un poco más, un poco más... Eh, vosotros dos, Nsio, Nsai —se dirigió a unos canacas de la tripulación—, sujetadme bien esa lata de carne.

Olson soltó una atroz carcajada, riéndose de su propio chiste. Luego se encaró otra vez con la muchacha.

—Bien, *miss* Driscoll, ¿qué es lo que quiere usted del capitán de la

Ata-Nui

, la mejor goleta que ciñe el viento en los mares del Sur?

—Deseo un pasaje en su embarcación, capitán —contestó ella con voz firme, arrojando de cuando en cuando una aprensiva mirada hacia el ataúd, el cual estaba siendo asegurado en aquellos momentos con unos sólidos cabos a la cubierta de la goleta—. Tengo entendido que una de sus escalas es Rurutu.

—Así es, *miss* Driscoll —contestó Olson. Devoraba con la vista el espléndido cuerpo de la muchacha, sin ocultarse ni mucho menos—. Tocaremos primero en María, luego en Rimatara y después en Rurutu. ¿Puedo preguntarle qué interés tienes usted en viajar hasta

una isla medio desierta?

Imógene se envaró. No le gustaba en absoluto el capitán Olson; la miraba con demasiado descaro. Y, además, le parecía un bruto. Pero quería ir a Rurutu por encima de todo y este deseo le hizo pasar por alto todo lo demás.

—Perdone, capitán —respondió con firmeza—. Pero los motivos son míos. Pagaré bien las incomodidades que pueda causarle —añadió.

—Oh, eso es lo de menos —rió el capitán Olson, agitando la mano con gesto bonachón—. Le aseguro que el precio del pasaje no constituirá ninguna insalvable diferencia entre los dos. Pero, de todas formas, quiero advertirle...

La sonrisa del capitán se heló de pronto. Chispas de cólera brotaron de sus ojos. Imógene se preguntó qué le habría encolerizado.

Volvió la cabeza, siguiendo con la vista la dirección de la mirada de Olson. Un taxi acababa de detenerse a pocos pasos del suyo y un hombre se apeaba en aquellos momentos, seguido de una mujer. Los dos parecían estar completamente borrachos.

Imógene se sintió asqueada al ver el aspecto de la pareja. Ella era una profesional del amor, se veía claramente, sin lugar a dudas. En cuanto al hombre, relativamente joven todavía, ofrecía un aspecto desastrado, con grandes manchas de licor y de grasa en su indumentaria. Se tambaleó visiblemente y hubiera caído al suelo, de no haberle cogido a tiempo la mujer que le acompañaba, en medio de grandes risas.

—¡Señor Fogger! —aulló el capitán Olson.

El hombre se volvió hacia la goleta. Fue a saludar con la mano, pero entonces se dio cuenta de que su gorra de marino se hallaba todavía sobre la cabeza de la mujer. Entonces se la quitó y se la colocó sobre la suya, sin darse cuenta de que se la ponía con la visera sobre el cogote.

—A la..., a la orden, capitán... —tartajeó—. Ahora..., ahora mismo subo a bordo... Un mo... un momento, señor.

Se volvió hacia la mujer y la estrechó contra sus brazos, besándola fuertemente. Imógene pudo darse cuenta de que, mientras la besaban, la mujer metía la mano en el interior de la chaqueta de Fogger, retirándola luego, con presteza. Los choferes de

los taxis reían la mar de divertidos ante la escena que se desarrollaba en el muelle.

—Es... está bien. Adiós, preci... preciosa...

—Adiós, cariñito —dijo la individua, dándole un beso en la mejilla. Giró sobre sus talones y en el mismo momento, la mano de Fogger cayó sobre sus opulentas caderas, produciendo un ruido semejante al de un pistoletazo.

La mujer soltó un gritito. Fogger palmeó alborozadamente, riendo como un estúpido. Luego, describiendo grandes eses, caminó hacia la plancha, que atravesó merced a la ayuda de uno de los canacas.

—A su... a sus órdenes, capitán... —saludó trabajosamente.

El rostro de Olson aparecía congestionado. De pronto, su cólera estalló de modo devastador. Lanzó una terrible blasfemia, al mismo tiempo que disparaba su puño derecho contra la mandíbula del individuo.

Fogger puso los ojos en blanco y se derrumbó como una masa inerte. Al ver aquello, Imógene se llevó una mano a la boca, ahogando un grito de espanto.

—¡Diko, Nsai! —gritó Olson—. ¡Llevaos a ese estúpido, abajo y amarradlo a su litera! ¡Estará atado hasta que yo lo diga, y si a alguno de vosotros se os ocurre soltarlo, lo arrojaré a los tiburones! ¡Vamos, moveos, gandules!

Los dos canacas cargaron con el cuerpo del piloto inconsciente y se lo llevaron por la escotilla del tambucho que conducía al entrepuente.

Cuando los canacas hubieron desaparecido, Olson se volvió hacia la muchacha.

—Dispénsame, *miss* Driscoll, pero es que con esta gente no se puede actuar de otra manera. Fogger es mi piloto y debería haber estado dirigiendo la maniobra de estiba desde hace un par de horas. Es un maldito borracho, y en cuanto tocamos tierra, se vuelve como loco. Lo, habría despedido más de una vez, si no fuera porque, en alta mar, no hay otro piloto como él.

—Comprendo —dijo Imógene con voz neutra.

—Bien señorita —manifestó Olson—. De acuerdo, la admitiré como pasajera. De todas formas, quiero hacerle la advertencia que ese estúpido de Fogger no me dio tiempo a formularle.

—Sí, capitán.

—Mi goleta es principalmente de carga. Suelo recorrer la parte sur del archipiélago de Tuamotú y, por norma general, casi nunca llevo pasajeros. No, obstante, con usted haré una excepción.

—Gracias, capitán.

—Corrientemente —siguió Olson—, cuando llevo pasajeros, viajan en cubierta. No dispongo de alojamientos más que para el piloto y para mí, ésta es la verdad, y no son lugares como los que usted está acostumbrada a utilizar. Pasará muchas incomodidades, se lo aseguro.

—No importa —contestó ella—. Me esforzaré por no darles demasiado trabajo. ¿A qué hora zarpan?

—A las cinco de la tarde en punto, *miss* Driscoll. Procure estar a bordo a tiempo; en la Capitanía del Puerto no gustan de los retrasos en el zarpar.

—Conforme, capitán. ¿Quiere algún anticipo sobre el precio del pasaje?

Olson levantó una mano con ademán magnánimo.

—Confío en usted, *miss* Driscoll.

—Gracias, capitán —contestó ella, secamente—. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde —repitió Olson.

Imógene dio media vuelta y se encaminó hacia su taxi que la aguardaba. Olson la miró, mientras se acariciaba la cara con aire pensativo.

—Esa muchacha... —murmuró—. ¿Qué diablos se le habrá perdido en Rurutu?

Al cabo de unos segundos se encogió de hombros.

—Bueno, ya lo sabré más adelante. De aquí a Rurutu hay muchos días de navegación por delante. ¡Eh, vosotros, gandules, a trabajar!

Media hora más tarde, un tercer taxi se detuvo delante del «Ata-Nui».

Un hombre saltó del coche y se encaminó hacia la planchada con paso no muy seguro.

Era joven, unos veintiocho años de edad, de buena presencia, cabellos negros y rostro de facciones angulosas. Llevaba barba de varios días y por el bolsillo de su sudada chaqueta blanca asomaba el gollete de un frasco plano. Caminó con paso inseguro hacia la

planchada, la cruzó y saltó a cubierta.

—¿Capitán Olson?

—Yo mismo, señor...

—Barain, Jean Luc Barato —contestó el recién llegado, esforzándose por dar a su voz un tono de firmeza. Luego añadió—: Tengo entendido que una de las etapas de su viaje es Rurutu.

Olson frunció el ceño.

—¿Y...?

Barato sacó de uno de sus bolsillos un puñado de billetes.

—¿Cuánto vale un pasaje hasta Rurutu, capitán?

—Eh —protestó Olson—. Poco a poco, señor Barain. Todavía no le he aceptado como pasajero.

—Pera sí aceptará quinientos francos, como importe de mi pasaje, capitán. —Desmañadamente, el joven contó cinco billetes de a cien nuevos francos cada uno y se los puso a Olson en la mano—. ¿Está bien así o necesita más pasta?

Olson se había quedado sin habla.

—¡Qué frescura! —De pronto alargó su mano y agarró los billetes—. Está bien, señor Barain. Puede subir su equipaje a bordo cuando quiera. Zarpamos a las cinco en punto. Ah, tendrá que dormir en cubierta; no dispongo de cámaras suficientes.

Barain se encogió de hombros.

—Es lo, mismo. —Sonrió estólidamente—. A las cinco en punto, capitán.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la plancha. De pronto, Olson saltó hacia él y le agarró por un brazo.

Barain le miró turbiamente.

—¿Capitán?

—Oiga usted, señor Barain, esa botella...

—Está ya casi vacía —contestó el joven.

—No es eso, señor Barain, sino que no me gusta que la gente se emborrache a bordo. ¿Comprendido?

Barain sonrió ampliamente.

—Puede estar tranquilo, capitán —dijo—. Aunque pueda parecer lo contrario, yo soy siempre un hombre moderado. Moderación en todo, ése es mi lema. Cada vez un trago, nunca más. Bonito lema, ¿eh, capitán?

Olson se quedó sin saber qué responder. Cuando quiso decir

algo, Barain entraba de nuevo en el taxi.

—¡Vaya! —resopló, echándose la gorra hacia adelante para rascarse la nuca con gesto desconcertado—. De modo que todo el mundo quiere ir ahora a Rurutu. ¿Qué tripa se les habrá perdido en esa maldita isla?

El desconcierto, del capitán Olson iba a aumentar todavía más. A las tres y media de la tarde, se presentó un singular hombrecillo, menudo, enteco, casi completamente calvo, de nariz bulbosa, sobre la cual cabalgaban unos lentes con montura de oro. Vestía traje enteramente blanco, con alzacuello, negro y se presentó como Myron Starries, pastor evangelista. En la mano derecha llevaba una gran bolsa de lona, que abultaba casi tanto como él.

—Mis superiores me envían a predicar el Evangelio a Rurutu, capitán —dijo, después de las correspondientes precauciones. Pese a la insignificancia de su tamaño, tenía una voz firme y bien modulada—. ¿Cuánto es el pasaje?

Aturdido, Olson recogió los billetes que le entregaba el predicador. Luego le hizo las mismas advertencias que a Barain, esto es, que debería dormir en la cubierta.

—No me asustan las incomodidades, capitán —respondió Starries—. Nuestro Señor padeció mucho más. ¿Me quejaré yo por dormir unas cuantas noches sobre la cubierta? Gracias, capitán. Y, si no le importa, me quedaré ya a bordo hasta la hora de zarpar.

—Como guste, reverendo —contestó el desconcertado Olson.

Starries reparó entonces en el ataúd. Movi6 la mano derecha y trazó en el aire la se6al de la cruz.

—El Se6or haya perdonado sus pecados —murmuró. Luego se retiró a un lado, sentóse sobre un rollo de cuerdas y, sin preocuparse del bullicio que reinaba en torno suyo, sacó una Biblia y se puso a leer.

Media hora más tarde, llegó Imógene Driscoll. Y cuando ya estaban a punto de largar amarras, Jean Luc Barain cruzó la plancha. El chofer del taxi le ayudó a transportar su equipaje; dos enormes maletas que parecían pesar como si fueran de plomo.

Diez minutos más tarde, el motor auxiliar de la
«Ata-Nui»

se ponía en movimiento. Cuando la goleta estuvo fuera del puerto de Papeeté, la capital de Tahití, el capitán Olson mandó izar el

velamen de los dos palos. Impulsada por una fresca brisa del nordeste, la goleta tomó rumbo sursudoeste y se encaminó, balanceándose alegremente por encima de las olas, hacia la isla María, primera etapa de su periplo por el archipiélago de Tuamotú.

CAPÍTULO III

Imógene se despertó y durante unos momentos permaneció tendida en la angosta litera que le había servido de lecho en su primera noche pasada a bordo de la «Ata-Nui».

Escuchó el gemido del viento al pasar por entre los cordajes del velamen, el crujido, de las maderas y el chasquido de las olas al golpear contra los costados de la embarcación. Mecida dulcemente por el suave balanceo, entrecerró los ojos, mientras dejaba vagar su imaginación.

Se preguntó a sí misma cómo era posible que se encontrase a bordo de una nave semejante. No hacía aún una semana, estaba todavía en su cómodo y confortable hogar en San Francisco de California. Ahora, después de un largo vuelo hasta Tahití, con el fin de buscar un barco que la condujese hasta Rurutu, se hallaba ya en camino hacia su destino. Le pareció mentira el cambio experimentado en tan pocos días.

Su viaje a Rurutu tenía un motivo bien definido. Hacía ya más de un año que carecía de noticias de su hermano Raymond. Angustiada, se preguntó qué le habría pasado para guardar silencio durante un tan largo espacio de tiempo. Raymond había sido siempre bastante puntual para escribirle; una vez al mes, por lo menos, cada vez que una de las goletas que comerciaban en las islas del archipiélago tocaba en Rurutu. Pero desde su última carta, habían transcurrido ya más de doce meses, e Imógene temía lo peor respecto de Raymond.

Rememoró su última carta. Raymond le decía que había hecho un fenomenal descubrimiento, un hallazgo sensacional, que pondría a ambos sobre el camino de la riqueza casi sin límites. Al morir el

padre de los dos hermanos —la madre había muerto cuando aún eran unos chiquillos—, les había dejado un saneado capital en partes iguales. Raymond había derrochado bien pronto su parte de herencia; en tanto que ella no sólo la había conservado, sino que incluso la había acrecido con juiciosas inversiones. La atolondrada vida de Raymond le había dado muchos disgustos, hasta que el muchacho, un tanto arrepentido, había partido hacia los Mares del Sur. «Único sitio —había dicho en el momento de embarcar—, dónde hoy, todavía un hombre puede hacerse rico». Desde aquel momento, habían transcurrido casi tres años, durante los cuales, Raymond le había escrito con frecuencia, relatándole minuciosamente sus trabajos y sus esfuerzos por salir a flote. Ella le había ayudado con algunas remesas de dinero, que Raymond había prometido devolver cuando se hiciese rico. De pronto, inesperadamente, Raymond había escrito desde una isla llamada Rurutu. Imógene no, conocía siquiera la existencia de dicha isla, por lo que le costó bastante trabajo situarla en el mapa.

Raymond hablaba con entusiasmo de Rurutu en sus cartas, e incluso le describía alguno de los personajes que habitaban la isla con todo detalle. Por fin, inesperadamente, le había escrito la que debía ser su última carta.

«He hecho un hallazgo fabuloso. No quiero decirte nada por carta, porque deseo que vengas tú a contemplarlo por ti misma. Por supuesto, he ganado ya lo suficiente para considerarme rico. Pero es que lo que he encontrado supera de largo, a cuanto he conseguido hasta ahora... Querría darte más detalles, pero prefiero esperar a que lo veas tú en persona. Te aseguro formalmente que no hay nada más grande ni mejor en el mundo entero. Causaremos sensación, hermanita... y, de paso, me permitiré devolverte con creces el dinero que me enviaste para ayudarme. Repito, es algo, sensacional, de fábula, algo en lo que no se puede creer si no se ve...».

Ella le había contestado, diciéndole que no tenía intención por el momento de moverse de San Francisco. Harto debía saber que los viajes la molestaban mucho, aparte de que ahora, y aunque estrictamente no lo necesitaba, había encontrado un buen trabajo, agradable y de su gusto... Le recomendaba trajese su descubrimiento y le encarecía volviese cuanto antes.

Pero ya no había recibido más respuestas a su carta ni a las sucesivas. Y cuando, hubo transcurrido un año sin la menor noticia de su hermano, decidió echar por la borda todos sus prejuicios con respecto a los viajes y emprender él que la iba a llevar a Rurutu, para averiguar la suerte que había corrido Raymond.

Al cabo de unos minutos de reflexiones, se puso en pie. La cámara estaba amueblada pobremente y, debido al balanceo de la goleta, al cual estaba desacostumbrada, tardó más de lo ordinario en arreglarse. Cuando lo hizo, ataviada con una blusa azul fuerte, unos pantalones negros y un pañuelo que envolvía sus cabellos, salió de la cámara y ascendió por las escaleras del tambucho hasta la cubierta.

El fuerte sol le dio de lleno, obligándola a guiñar los ojos un momento. Luego, habituada al resplandor, paseó su vista por la cubierta.

Fogger, el piloto, se hallaba al timón, pilotando la goleta con voz firme. La embarcación navegaba raudamente, impulsada por la fresca brisa que henchía el velamen de la goleta, atesando las drizas y escotas. Sentado sobre una caja, con la espalda apoyada contra la borda, vio al reverendo Starries, a quien le habían presentado el día anterior.

Un poco más allá, Jean Luc Barain estaba tendido en el suelo, con un viejo sombrero de paja sobre los ojos. Dos de los canacas reparaban una lona, en tanto que otra maniobraba con una ristra de anzuelos. Imógene sabía que la tripulación de tahitianos era de cinco hombres y calculó que los dos restantes debían estar descansando después de la guardia nocturna. El capitán también faltaba; seguramente estaba en su camarote.

Pasó por delante del predicador, con las piernas abiertas, procurando conservar el equilibrio.

—Buenos días, reverenda Starries.

El predicador levantó su vista de la Biblia. Al ver el indumento

de la muchacha, frunció el ceño.

—Lleva usted unas ropas impropias de su sexo, *miss Driscoll* —dijo en tono reprobatorio—. Debería tener un poco más de respeto hacia sí misma y hacia los demás.

—¡Oh! —Se sofocó Imógene. No supo qué contestar al bufido de Starries. Nunca le habían dicho nada parecido y, por otra parte, estimaba que su atavío no tenía nada de indecoroso. Lo más que enseñaba, eran los brazos, desnudos hasta el codo.

—No, le haga caso a ese chiflado —gritó Fogger de pronto—. Todos ellos son iguales, se lo aseguro. Ya verá lo que hace cuando llegue a Rurutu; querrá vestir a las isleñas...

Starries se puso en pie. Sus ojos llameaban de indignación.

—¡Señor Fogger! No le tolero ese lenguaje, impropio de una persona civilizada. Paso por alto los insultos que me ha dirigido; tengo como norma, adquirida tanto por convicción como por la lectura de los Libros Sagrados, de perdonar las injurias; pero lo que no me agrada en modo alguno es la libertad de expresión. Tengo como misión extender la buena nueva...

Starries se interrumpió de repente. Una ola más fuerte que las demás sacudió la goleta, haciéndole perder el equilibrio y rodar por la cubierta. El piloto soltó una estentórea carcajada.

—Pero, bueno —gruñó entonces Barain, con voz estropajosa—, ¿es que en este maldito barca no se va a poder dormir a gusto?

El predicador hacía esfuerzos por sentarse en el suelo. Trabajosamente, Barain se puso en pie y se agarró a uno de los obenques del palo mayor.

—Qué resaca —dijo, lamiéndose los labios con la lengua, Hurgó en sus bolsillos y sacó un frasco plano, agitándolo un par de veces. Al darse cuenta de que estaba vacío, lo arrojó al mar con gesto de desagrado—. Ni beber se puede ya en esta maldita goleta.

—Anoche la pescó buena, ¿eh? —rió el piloto.

—Regular, como todos los días —contestó Barain.

—El, alcohol será su perdición, joven. —Starries le apuntó con un dedo—. La Biblia dice...

—Déjeme en paz —farfulló el joven—. Vaya con sus monsergas a otra parte. Lo único que quiero en estos momentos es un buen trago de café. Piloto —se dirigió a Fogger—, ¿hay café?

—Claro que sí. Uno de los canacas sé lo servirá. Y a 3a señorita

también, porque supongo que los dos querrán desayunar, ¿no es eso? Miss Driscoll, ¿qué es lo que prefiere usted para el desayuno?

—Lo que se acostumbre —respondió la muchacha—. No quiero causarles más extorsiones, en especial a usted, señor Fogger. —Trató de sonreír—. Le he quitado su cámara.

—Oh, no tiene importancia —contestó el piloto—. ¡Diko, Nsai! —gritó a los canacas—. Vamos a ver si preparáis el desayuno para la señorita y para el señor Barain.

—A mí, café solo —dijo el joven con voz estropajosa—. No podría meter nada sólido en el cuerpo aunque me lo pagasen a precio de oro.

Imógene miró a Barain, compadeciéndose en su fuero interno de un hombre que, joven y no mal parecido, estaba ya dominado por el vicio de la bebida. Se preguntó, estremeciéndose, si la última carta de Raymond no habría sido escrita en las mismas condiciones. En tal caso, sería preciso dudar de las afirmaciones de Raymond; tal vez sus sueños de riqueza eran sólo alucinaciones causadas por el licor. Imógene tenía al respecto la preconcebida idea de que todos los hombres blancos que vivían en las islas de los Mares del Sur bebían considerablemente y estimaba que Raymond no debía haber constituido una excepción a la regla.

Desayunó en unión de Barain. El reverendo Starries manifestó haberlo hecho anteriormente. Los canacas habían preparado con una lona algo parecido a una pequeña toldilla, bajo la cual situaron una mesa asegurada por varios pernos al suelo de la cubierta, y un par de sillas. Dominando sus aprensiones. Imógene engulló un par de huevos que flotaban sobre un mar de manteca y la grasa procedente de varias lonchas de un tocino que olía a rancio. El apetito que sentía dominó, sin embargo, gran parte de sus escrúpulos y, ayudada por frecuentes sorbos de café, consiguió dar buena cuenta del yantar. Al terminar, sacó cigarrillos y ofreció uno a Barain, bajo la reprobadora mirada del reverendo Starries.

Barain se inclinó hacia ella.

—Parece que el predicador no le quita ojo de encima, *miss* Driscoll —sonrió. Cuando sonreía, su rostro tomaba un aspecto atractivo.

—No voy a variar mis costumbres por complacerle a él —respondió la muchacha con indiferencia—. Por otra parte, me

parece que ni mi aspecto ni mis acciones son los de una mujer disoluta.

—No haga caso de esa gente —rezongó Barain—. Por regla general, suelen ser poco: compasivos con las flaquezas humanas, al menos, esta clase de pastores. Tienen tan arraigado el puritanismo como los fariseos de los tiempos de Cristo. Habría que ver cuál es su comportamiento cuando no, le ve nadie.

Imógene respingó.

—¡Señor Barain!

El joven sonrió. En tono misterioso, dijo:

—Además, me gustaría saber si, de veras, es un predicador.

—¡Qué! —El asombro de la muchacha crecía de punto—. ¿Por qué lo dice usted?

—Su Biblia. Es demasiado nueva y flamante —comentó Barain—. Si fuese un jovencito recién salido de una de sus escuelas de Teología, se comprendería que la Biblia fuese nueva; pero el reverendo Starries anda ya rondando la cincuentena. Generalmente, usan la misma Biblia años y años, hasta que se les deshace entre los dedos.

—Quizá la perdió y se vió en la necesidad de reponerla.

Barain emitió una sonrisita de duda.

—Puede ser, pero esos tipos pierden cualquier cosa menos la Biblia. ¡Predicador, hum...! —Se puso en pie y se alejó hacia la proa, agarrándose a los cordajes.

La muchacha permaneció todavía unos momentos en el mismo sitio. Luego arrojó el cigarrillo a medio consumir al fondo de su taza y se puso en pie, encaminándose hacia el lugar donde estaba el piloto.

—¿Qué tal se encuentra usted, señor Fogger?

El piloto le dirigió una mirada oblicua.

—Vio ayer lo que me pasó, ¿no es cierto? —Una nota de odio y de cólera mal reprimidos latía en su voz.

—Sí, lo vi —confesó ella.

—Ese maldito Olson... —dijo Fogger entre dientes. Luego meneó la cabeza y sonrió—. Será mejor olvidarlo, señorita. Así que va usted a Rurutu —preguntó, afirmándolo casi.

—Ciertamente.

—No acabo de entender qué diablos se le ha perdido en una isla

como aquélla a una chica tan linda —gruñó.

—Voy a ver a mi hermano. Vive allí —dijo Imógene de pronto. Miró al piloto, procurando espiar sus reacciones.

—¿Su hermano? ¿Cómo se llama? Quizá lo conozca yo, *miss* Driscoll. Puede estar segura de que conozco a todo el mundo en Rurutu.

—Bien —sonrió ella—, se llama igual que yo, por supuesto. Su nombre es Raymond.

Fogger hizo un gesto.

—No me suena, se lo aseguro. Y en la «Ata-Nui»

no ha viajado, de ello puede estar segura.

—Quizá embarcó en alguna otra goleta.

—Es posible —concedió Fogger en tono voluble. De pronto, su rostro se animó, a la vez que extendía la mano derecha—. ¡Mire allá!

Imógene hizo lo que le decían, estremeciéndose al ver dos o tres objetos planos, negros y brillantes, de forma triangular, que hendían el agua con silenciosa rapidez.

—Que Dios la libre a usted de caer al agua, *miss* Driscoll —exclamó el piloto con tono profundo—. Los tiburones la devorarían antes de que pudiéramos hacer nada en su favor.

Imógene volvió a estremecerse.

—Una vez —siguió Fogger—, vi a un desdichado canaca que se había caído al agua. Los tiburones...

Un tremendo vozarrón interrumpió de pronto al piloto.

—¡Señor Fogger! ¡Su obligación es atender al timón y no entretenerse hablando con los pasajeros!

El rostro del piloto se demudó. Imógene volvió los ojos. El capitán Olson estaba en la puerta de acceso a su cámara, mirando hacia la popa con gesto airado.

Caminó hacia él, procurando mantener el equilibrio.

—El señor Fogger no tiene la culpa, capitán —dijo—. He sido yo la que me puse a hablar con él. Naturalmente, no iba a permanecer silencioso...

—No me importa que converse con mis hombres, *miss* Driscoll —contestó Olson—, pero siempre que quiera hacerlo, hágalo cuando estén libres de servicio. ¿Me ha entendido usted?

—Por supuesto, capitán —contestó ella secamente—. Tendré presente, para lo sucesivo, su poco amable advertencia.

Olson no hizo caso de sus palabras. Estaba mirando en torno suyo, con la expresión de un hombre que busca algo y no lo encuentra. De pronto, alzó la —voz y gritó:

—¿Quién ha cambiado el ataúd de sitio?

—He sido yo, señor —contestó el piloto.

—¿Puede decirme las razones, señor Fogger? —preguntó Olson belicosamente.

—Lo envié a la proa. No estoy muy seguro de que lo hayan cerrado bien y, en tal caso, el viento se llevaría más fácilmente el hedor...

Imógene sintió que se le revolvía el estómago al comprender las razones del piloto. Olson apretó los dientes.

—Está bien, señor Fogger. Pero, para lo sucesivo, acostúmbrese a pedirme permiso cada vez que quiera cambiar de sitio un objeto de la carga.

—Sí, señor —contestó el piloto, impasible.

* * *

Los días se deslizaban apaciblemente a bordo de la «Ata-Nui».

Todo transcurría con entera normalidad; sin embargo, Imógene, harto observadora, pudo darse cuenta de la tensión que reinaba en la goleta. Uno de los detalles que más la preocupaban era el silencio de los canacas, quienes, habitualmente, se pasaban el día canturreando melopeas.

Ahora, los canacas estaban silenciosos. Desempeñaban su trabajo con la rapidez y eficiencia en ellos habituales, pero arrojando continuamente furtivas miradas en todas direcciones. Al mismo tiempo, las intemperancias del capitán Olson habían aumentado y por el más fútil motivo vomitaba mil suciedades y blasfemias que aturdían y acobardaban al reverendo Starries, el cual se refugiaba en la lectura de su Biblia. El piloto Fogger no dirigía la palabra a su capitán como no fuera por asuntos estrictamente del servicio, y en cuanto a Barain, permanecía ausente, tendido sobre la cubierta la mayor parte del tiempo, como si todo lo que ocurría a bordo le

importase un rábano.

Al cabo de dos semanas de navegación hicieron escala en María. El tiempo de estadía fue el mínimo preciso; la

«Ata-Nui»

cargó y descargó con rapidez y, sin permitir desembarcar a ninguno de sus tripulantes, Olson dio la orden de levar anclas apenas hubo concluido el último movimiento de la maniobra. Veinticuatro horas más tarde, se hallaban de nuevo en alta mar, con todo el velamen desplegado, foques y estays incluidos, rumbo al sudeste, hacia Rimatara. Pese a todo, la tensión, inexplicablemente para Imógene, no sólo se había aliviado con la escala en María, sino que había acrecido.

La muchacha conocía ya perfectamente a todos los canacas y los distinguía sin esfuerzo, pese a que en los primeros momentos le habían parecido idénticos. De entre los cinco canacas que componían la tripulación, había uno que se había mostrado especialmente servicial y atento con ella, procurando adivinar sus menores movimientos a fin de evitarle todo trabajo. La muchacha agradecía la devoción y lealtad del nativo, cuyo nombre era

Ri-Ri,

aunque ella pensaba que era más bien un apodo, debido, posiblemente, a la constante sonrisa que flotaba en sus labios, sonrisa que sólo desaparecía cuando se escuchaba el tremendo vozarrón del capitán Olson.

Veinticuatro horas después de haber zarpado de María, Imógene se hallaba en la proa, contemplando el movimiento del barco al hender las olas, habituada ya a la presencia del ataúd, cuando oyó a sus espaldas el leve chasquido de unos pies desnudos que se le acercaban.

Volvió la cabeza. Ri-Ri estaba enrollando el extrema inferior de una de las drizas, muy ocupado, al parecer en su labor. Sin embargo, al hallarse junto a ella, le dirigió unas palabras, hablando con gran rapidez:

—Señorita...

—Hola,

Ri-Ri

—sonrió ella.

—Por favor, no mirar, no sonreír —habló el canaca,

expresándose en un infernal francés que a la muchacha se le hacía muy difícil de comprender—. Seguir como estaba.

Imógene comprendió que

Ri-Ri

quería decirle algo de importancia. Sintió un repentino aflujo de sangre en sus mejillas, pero procuró dominarse.

—¿Pasa algo,

Ri-Ri?

—preguntó en voz baja.

—¿Usted ser hermana de señor Raymond Driscoll?

Imógene creyó que se le paralizaba el corazón. Al cabo de tanto tiempo encontraba a una persona que conocía a Raymond y, que, seguramente, le daría noticias de él.

—Sí. ¿Qué sabes de él,

Ri-Ri?

¿Está bien? ¿Le has visto últimamente? —preguntó, atropellando las palabras.

—Tener cuidado —le advirtió el canaca—. Nos están mirando. Venir a la medianoche. Aquí, mismo; yo hablar entonces de señor Raymond. Hasta luego.

La voz del capitán Olson sonó atronadoramente.

—¡Ri-Ri! ¡Por todos los diablos! ¿Qué haces ahí tanto rato? ¡Sube inmediatamente a la cruceta del palo mayor y asegura la escota del pico de la cangreja, que se va a soltar si no lo haces inmediatamente! ¡Vivo, maldito gandul!

Ri-Ri

arrojó hacia Imógene una rápida mirada, llena de aprensiones. Enrolló el resto de la driza en una cabilla y luego corrió hacia los obenques del mayor, por cuyos flechastes empezó a trepar con la agilidad de un simio.

Imógene no pudo evitar lanzar una mirada hacia arriba. La cruceta del palo mayor se hallaba a más de veinte metros de altura sobre la cubierta. Se estremeció al pensar en los balanceos que debían sufrirse en semejante lugar. Aunque el viento era sostenido, la goleta se balanceaba lo suficiente para que el tope del mastelero describiese, en ocasiones, un arco de más de treinta grados. Se dijo a sí misma que ella no sería capaz de trepar hasta la cruceta por mucho dinero que le ofreciesen.

Imógene vio que

Ri-Ri

llegaba a la cruceta y se disponía a cumplir la orden recibida. Bajó la vista, pues sentía que se mareaba. Sus ojos tropezaron con los de Olson, situado junto a Fogger, cuyas manos aferraban con fuerza las cabillas de la rueda. Un poco más, a su izquierda y contra lo habitual en él, el reverendo Starries contemplaba la maniobra con suma atención.

Imógene volvió el rostro a un lado, mareada. En el mismo instante, sintió que la goleta se movía espantosamente.

Notó que era proyectada hacia adelante con tremenda fuerza. Su cuerpo pasó por encima de la borda. Durante una infinitesimal fracción de segundos, sus ojos contemplaron el espumeante movimiento de las olas al ser hendidas por la roda de la goleta. En el último instante, el instinto la hizo asirse con ambas manos a una cuerda y quedó colgando en el vacío, con el cuerpo, suspendido en el aire, fuera de la embarcación.

Casi en el mismo instante oyó un horrible alarido y vio, con el rabillo del ojo, una sombra que descendía velozmente de las alturas. El alarido se cortó bruscamente cuando el cuerpo de

Ri-Ri

se hundió en el agua, que se arremolinaba en torno a la embarcación.

Chasquearon las velas y crujieron los mástiles, mientras la goleta saltaba y rebrincaba como potro enloquecido. Imógene oyó un fuerte grito, el grito consagrado por la costumbre en tales circunstancias.

—¡Hombre al agua!

La voz de trueno del capitán Olson sonó de inmediato.

—¡Señor Fogger! ¡Ponga a rumbo la nave inmediatamente, maldita sea! ¿Dónde tiene los ojos, condenación? ¿Es que no ha sabido ver que se estaba desviando de su ruta?

Mientras se esforzaba por izarse de nuevo a bordo, Imógene comprendió que la tremenda sacudida se debía a una brusca guiñada de la goleta, causada sin duda por un descuido del piloto. Pero no pudo entretenerse mucho más; todos sus esfuerzos estaban concentrados en aquellos momentos en volver de nuevo a la cubierta.

Sonaron gritos e imprecaciones. Los canacas corrían alocadamente por la cubierta, tratando de arrojar un cabo a Ri-Ri,

el cual nadaba esforzadamente en la estela de la embarcación.

—¡Vire en redondo, señor Fogger! —vociferó el capitán Olson—. Tenemos a un hombre en el mar...

Unas manos fuertes asieron de pronto las muñecas de Imógene. La muchacha levantó la vista. Jean Luc Barain la miraba sonriendo.

—No se espante, por favor, *miss* Driscoll —dijo el joven—. Cállese y todo irá bien.

Barain parecía agotado por los excesos del alcohol, pero poseía una fuerza nada común, a juzgar por lo que Imógene pudo apreciar. Aspiró el aire y luego tiró hacia arriba, izando a la muchacha como si fuese una simple pajita.

Los dos rodaron por el suelo de la cubierta, debido a un brusco viraje de la embarcación. Barain fue el primero en ponerse en pie y asió a la muchacha por un brazo, para ayudarla a incorporarse, mientras que con la otra mano se agarraba a una escota.

La voz del capitán Olson se dejó oír de nuevo.

—¡Traedme un fusil, maldita sea!

Imógene sintió que sé le helaba la sangre en las venas al oír las palabras del capitán. Con gesto impulsivo se asomó a la borda.

—¡Cuidado! —gritó Barain—. No se vaya a caer otra vez.

La goleta viraba ceñidamente, rebrincando sobre las olas al ser cogida de través por el viento. Las velas aleteaban con tremendos chasquidos, semejantes al ruido que produciría el látigo de un gigante. Uno o dos de los canacas rodaron por el suelo, mientras los juramentos del capitán sonaban cada vez con mayor estruendo.

Una terrible angustia acometió a Imógene. Ri-Ri nadaba frenéticamente hacia la embarcación, procurando alcanzar los cabos que le habían sido lanzados, mientras era perseguido de cerca por dos o tres enormes escualos, de los que sólo podían verse las aletas caudales, atraídos por el inesperado festín. Los ojos del tahitiano estaban desorbitados por el horror.

—¡Dios mío! —gimió la muchacha—. ¡Lo van a devorar!

Uno de los canacas, Nsai, salió en aquellos momentos de la cabina del capitán, con un riñe en las manos. Barain saltó hacia él y le arrebató el arma, la cual empezó a disparar inmediatamente

contra las ñeras del mar.

Los primeros proyectiles levantaron unos chorritos de agua en torno a los tiburones. Uno de ellos resultó alcanzado y empezó a dar frenéticos saltos que casi le hicieron salir fuera del agua.

Alguien lanzó un cabo. Ri-Ri estiró las manos y consiguió asirlo. Dos pares de manos tiraron de la cuerda con fuerza. En el mismo instante, los dos escualos restantes se abalanzaron sobre el desdichado.

El rostro de

Ri-Ri

sufrió un cambio total. Sus ojos se dilataron por el espanto y el dolor que sentía. Un horrendo alarido brotó de su garganta. Estremecida de pánico, Imógene se tapó los oídos, pero al hacerlo soltó la escota y un súbito bandazo de la goleta la hizo rodar por el suelo, con las piernas por alto.

Las manos de

Ri-Ri

soltaron el cabo. Su cuerpo se hundió en el agua, la cual se tiñó inmediatamente de rojo. El capitán Olson blasfemaba de un modo espantoso. Barain dejó caer el riñe, contemplando con ojos espantados el remolino encamado que se producía a una docena escasa de metros del costado de la «Ata-Nui».

Un súbito silencio se hizo de repente sobre la goleta. Sólo se oía el silbido del viento entre el cordaje y el chasquido de las olas al golpear blandamente contra el casco.

Un pájaro, marino pasó raudamente, graznando con estridentes gritos. Con lentos ademanes, Imógene se puso en pie. A bordo de la goleta, nadie hablaba. Todos se miraban unos a otros, estupefactos, aturridos, llenos todavía sus ojos del horror que habían presenciado unos segundos antes.

Barain volvió su vista hacia la muchacha. Imógene quiso hablar, pero supo contenerse a tiempo. En aquellos momentos tenía la seguridad de que alguien, ignoraba su identidad, había querido asesinarla. La brusca guiñada que la había proyectado fuera de la borda, no se había debido a un descuido. Pero, y aquí radicaban las dudas de la muchacha, el mismo que había querido asesinarla, ¿no había hecho lo mismo con

Ri-Ri?

Miró hacia la popa. El capitán Olson increpaba al piloto airadamente. El reverendo Starries se había apartado a un lado con gesto temeroso.

CAPÍTULO IV

En apariencia, la reprimenda del capitán no podía estar más justificada. Actuando negligentemente, Fogger había permitido que la goleta perdiese el rumbo por vinos instantes y que el viento la cogiera de través, por cuya causa tanto Imógene como

Ri-Ri

habían sido lanzados fuera del barco. Imógene había tenido la suerte de agarrarse a una escota; en cambio, el desgraciado canaca, situado en un punto más vulnerable, había sido precipitado irremisiblemente al mar, donde los tiburones habían acabado con su existencia.

—¡Le digo que no fue mía la culpa! —vociferó el piloto, sin soltar la rueda—. Alguien me empujó y por unos momentos perdí el control del barco.

—Eso es una absurda mentira, señor Fogger —aulló Olson—. ¿Quién demonios iba a empujarle? ¿Se ha vuelto loco o nos ha tomado por tontos, maldito hijo de perra?

—Capitán —dijo Fogger con voz llena de rabia concentrada—, deje de insultarme o no respondo de mí. Le digo una y mil veces que alguien me empujó. Tanto si me cree como si no, le aseguro que no soportaré más invectivas tuyas. ¿Está claro?

Olson apretó los puños.

—Señor Fogger, su actitud es la de un amotinado. Si sigue así, me veré obligado a ponerle grilletes y encerrarle en la sentina.

—¡Atrévase! —gritó el piloto, fuera de sí—. Atrévase y verá lo que le pasa cuando volvamos a Papeeté. Estoy harto ya de usted, capitán Olson, de sus constantes insultos, de la forma en que me trata y de muchas otras cosas más que prefiero callar por el momento. Atrévase a ponerme en la barra y entonces rogaré para

que, con mal menor, se limiten a quitarle su licencia de capitán. ¿Me ha entendido?

Las palabras de Fogger parecieron calmar el ímpetu de Olson. Éste se pasó una mano por la frente y trató de reconciliarse con su piloto.

—Está bien, señor Fogger —dijo—. Quizá me excedí un poco. Pero es que la muerte del pobre
Ri-Ri...

—¿Desde cuándo compadece usted a los canacas, capitán? —Fogger rió agriamente—. Vamos, no me haga comulgar con ruedas de molino. Estoy seguro que lo único que le preocupa de la muerte de

Ri-Ri

es que cuenta con dos brazos menos para la maniobra. Lo demás... ¡puah! —El piloto terminó su insultante requisitoria con un escupitajo que fue a caer a los pies del reverendo Starries. El predicador dio un salto, espantado, y se agarró con todas sus fuerzas a la escota de la botavara.

Con gran asombro de Imógene, el capitán Olson no contestó, limitándose a decir:

—Siga a rumbo, señor Fogger —después de lo cual, dio media vuelta y se encaminó hacia su cámara, con el rostro congestionado por la ira, pero sin pronunciar ya una sola palabra.

Imógene miró a Barain. El rostro del joven aparecía inescrutable, pero ella creyó ver una tenue sonrisa en sus labios. ¿Se equivocaba?

* * *



—¡Se ha soltado!

La luna asomó por el Este, enorme, sangrienta, iluminando el cielo de un sucio color escarlata, que, poco a poco, fue cediendo hasta adquirir su tonalidad habitual. Sentada junto a la amura de estribor, Imógene dejaba que el viento juguetease con sus cabellos, a la par que refrescaba su ardorosa frente.

Reflexionaba. Recordaba las palabras del piloto. Alguien le había empujado, haciéndole perder momentáneamente el control de la goleta. Entonces, ella y

Ri-Ri

habían saltado disparados fuera de la nave. ¿Quién había sido el

autor del empujón?

No podía asegurarlo; todo había ocurrido en el momento que retiraba la vista de la cruceta del mayor, sintiéndose mareada al ver las oscilaciones del mastelero. Pero en cambio, sí tenía la seguridad de que en aquellos instantes había dos personas junto al piloto; Olson y el reverendo Starries.

Si eran ciertas las palabras de Fogger, uno de los dos le había empujado. ¿Olson? Fogger había hablado de ciertas cosas sucias del capitán, y éste había callado, indudablemente porque el piloto tenía razón. En tal caso, ¿había sido Olson autor del intento de asesinato? Una cosa había segura; y era que el desgraciado

Ri-Ri

ya no volvería a hablarle más de Raymond. Ri-Ri la había conocido. ¿Qué le había pasado a su hermano?, se preguntó, sintiendo una amarga congoja en su interior.

¿Y si había sido el predicador? Jean Luc Barain había expresado sus dudas sobre su condición de ministro del Señor. La Biblia nueva, flamante... ¿Tendría razón el joven?

Una cosa la atormentaba sobre todo: no sabría ya nada de Raymond, hasta que hubiese llegado a Rurutu. Y después de lo que había ocurrido por el día, debería permanecer constantemente en vigilancia. Ahora sabía que su vida no tenía ninguna garantía de seguridad. Si, era así, si querían matarla, ¿por qué? ¿Qué causas impulsaban al asesino, quienquiera que fuese, a borrarla del mundo de los vivos? Lamentó no haber traído en su equipaje una pistola, aunque, se dijo, el asesino no la atacaría de frente.

Terriblemente conturbada, se retiró a su cámara. Cerró la puerta con doble vuelta de llave y después de desvestirse y ponerse un camisón se tendió en el lecho. Sujeta a la cabecera de la cama había una lámpara de petróleo. Al cabo de unos momentos, apagó la luz.

La luz de la luna penetró a raudales por el ojo de buey. Imógene contempló fascinada el brillante círculo de plata que subía y bajaba lentamente por la pared frontera, siguiendo las oscilaciones de la embarcación. El maderamen crujía y retemblaba suavemente, en tanto que las aguas del Océano susurraban al deslizarse bajo la quilla de la

«Ata-Nui».

Los rumores de la goleta en movimiento aquietaron sus tensos

nervios. Al cabo de un buen rato, sintió que sus ojos se cerraban y empezó a adormilarse. El balanceo de la litera contribuyó a llamar al sueño con más fuerza.

Súbitamente, un ruido extraño alertó a la muchacha. Imógene despertó de pronto, terriblemente sobresaltada, sin saber exactamente las causas. ¿Qué ocurría?

Prestó atención, tratando de separar los ruidos habituales de otros que no se produjeran con frecuencia. Frunció el ceño; su instinto le decía que algo sucedía muy cerca de ella, aunque no podía decir qué era de una manera bien definida.

Un extraño susurro llegó de pronto a sus oídos. En el primer momento, le pareció que se trataba del cuerpo de una persona que se arrastrase por el suelo. Esa persona debía estar vestida con ropas muy flojas y crujientes. ¿Dónde se hallaba?

Paseó la mirada por el angosto camarote. La luz de la luna, para unos ojos como los suyos, habituados a la obscuridad, desprendía el resplandor suficiente para poder distinguir los detalles con cierta claridad. Súbitamente, sintió que el corazón se le paralizaba.

Algo blanco, un trozo de tela o de papel, grande, de unos cuarenta centímetros de lado, estaba siendo, introducido en la cámara por debajo de la puerta. Dominando sus temblores y las ansias que sentía de prorrumpir en alaridos, Imógene se sentó en el lecho, con los ojos desorbitados por el espanto.

El movimiento del trozo de papel cesó. Entonces oyó que alguien manipulaba en la cerradura desde el exterior. La

Ata-Nui

era una embarcación vieja y muchas de sus aberturas no ajustaban bien. Prácticamente, podía decirse que sólo existía estanqueidad en las escotillas de carga y en las de acceso al entrepuente y a las cámaras. Pero la puerta de su alojamiento no era estanca en modo alguno.

El individuo insistió en sus trabajos. Imógene oyó claramente el ruidito de una herramienta que se movía en el interior de la cerradura, Entonces comprendió súbitamente lo que ocurría. ¡El asesino pretendía entrar en la cámara!

Algo cayó al suelo de repente con sordo ruido. Imógene se dio cuenta de que era la llave, empujada fuera de su alvéolo y arrojada sobre el papel que había en el suelo. El hombre que había al otro

lado de la puerta, empezó a tirar del papel. Imógene lo vio con toda claridad.

La comprensión de lo que podía sucederle si no actuaba con rapidez, la impulsó a saltar del lecho bruscamente y a abalanzarse hacia la puerta. Se agachó con rapidez, asiendo la llave en el momento justo en que iba a deslizarse ya bajo la rendija de la puerta.

El asesino debió darse cuenta de lo que había sucedido porque se alejó rápidamente. Dominando los acelerados latidos de su corazón, aferrando la llave con fuerza, Imógene volvió a su lecho, en el que se sentó, mirando hacia la puerta con hipnótica fijeza, sin hacer el menor gesto por perseguir al asesino. Harto sabía que ya no dispondría de tiempo para alcanzarlo.

Al cabo de un rato, se tendió nuevamente en la litera, oprimiendo la llave con ambas manos contra su seno. Dióse cuenta con toda nitidez de que había escapado de un gravísimo peligro y al mismo tiempo pensó si en lo sucesivo tendría la misma suerte. El ritmo de sus latidos fue decreciendo poco a poco, hasta alcanzar la cifra normal.

Al cabo de un rato, cuya duración no supo precisar, se durmió profundamente. Cuando despertó, ya de día claro, vio que aún tenía la llave entre las manos.

* * *

Salió a cubierta, arreglada y aseada. Miró en torno suyo; uno de los canacas, Diko, manejaba el timón. Olson y Fogger no estaban visibles.

El reverendo Starries se hallaba a la sombra de una vela, leyendo su Biblia. Un poco más allá, acodado tranquilamente en la borda, estaba Jean Luc Barain.

El joven la miró sonriendo de un modo que a ella le pareció enigmático. Súbitamente, Imógene notó un detalle que la preocupó hondamente. Barain tenía un periódico plegado entre las manos. Recordó inmediatamente la tentativa del asesino y sintió un escalofrío. ¿Era Barain el hombre que había querido penetrar subrepticamente en la cámara?

De pronto, decidió que podía sondear un poco a Barain. Sí, la

idea era buena. Le convenía realizar algunas investigaciones. Quizá así obtuviera algún resultado positivo. Por lo que había podido averiguar en Papeeté, los viajeros a Rurutu eran más bien escasos. Y, de repente, se juntaban tres personas con el mismo destino. ¿Por qué? ¿No, merecía la pena hacer algo por averiguarlo?

—Buenos días, señor Barain —saludó, acercándose al joven.

—¿Qué tal, *miss Driscoll*? —Barain sonrió atractivamente—. La veo un poco ojerosa y hasta pálida, diría yo. ¿Le ocurre algo de particular?

—La muerte de

Ri-Ri,

compréndalo —respondió ella—. Me afectó mucho. Nunca había visto morir a una persona de forma tan espantosa.

—Fue un lamentable accidente, por supuesto. Los tiburones, en el Pacífico tienen muy malas bromas.

—Sí —suspiró ella. Luego agregó—: ¿Oyó lo que dijo el capitán Olson?

—Claro. —Barain volvió a sonreír—. ¿Quién hubiera dejado de escuchar su estentóreo vozarrón?

—¿Cree usted de veras que el piloto fue empujado? —preguntó ella con ansiedad que no era fingida, aunque procuraba que así lo pareciese.

—No lo sé, *miss Driscoll* —contestó Barain—. El señor Fogger parecía decir la verdad.

—En tal caso —añadió Imógene—, el empujón fue propinado con intención de cometer un asesinato.

Barain la miró fijamente durante unos segundos. Luego se echó a reír.

—¡Qué buen humor tiene usted, *miss Driscoll*! —exclamó—. ¿Quién iba a querer matar a

Ri-Ri,

un infeliz canaca sin relieve ni personalidad alguna?

—Yo salí despedida fuera de la goleta —afirmó ella—. El intento de asesinato iba dirigido contra mí también, señor Barain.

—Vaya —resopló el joven—. Y, ¿por qué iban a querer asesinarla, *miss Driscoll*? ¿Acaso lleva usted un tesoro en su equipaje?

Ella hizo caso omiso de la ironía.

—Anoche alguien intentó penetrar a la fuerza en mi camarote. —Le explicó la táctica seguida por el asesino y luego dijo—: Usted tiene un periódico.

—Claro, es

«L'Echo

de Fapeeté», pero de hace ya unos cuantos meses. Lo encontró tirado en el suelo, no lejos de la puerta del camarote del capitán Olson.

—Para las intenciones del asesino, tanto da un periódico de ayer como del año pasado —afirmó Imógene rotundamente.

—Supongo que no irá a acusarme a mí de la muerte de Ri-Ri

ni de haber intentado lanzarla al agua o de haber querido penetrar en su camarote —expresó Barain con el ceño fruncido—. Recuerde; la salvé de caer al mar, *miss* Driscoll.

—Es cierto —convino la muchacha—. Pero, entonces, ¿quién propinó el empujón a Fogger?

—La goleta se mueve mucho. Es fácil perder el equilibrio si uno está descuidado, aunque se sea un marino tan experimentado como el capitán Olson... o un hombre de tierra adentro, como el reverendo Starries.

Imógene y el joven se miraron fijamente durante unos segundos. De pronto, ella exclamó:

—Señor Barain, ¿le importaría decirme los motivos que le llevan a Rurutu?

Barain demoró la respuesta algunos segundos, como si lo meditase cuidadosamente.

—Creo que, por el momento, será mejor callar, *miss* Driscoll. También yo podría formularle a usted la misma pregunta, ¿no le parece?

Ella contestó con vehemencia:

—Voy en busca de mi hermano Raymond, del cual no sé nada desde hace más de un año. Yo tengo un motivo. ¿Y usted?

—Pongamos negocios. ¿Le parece suficiente esta respuesta? —dijo Barain en tono voluble.

—Pudiera ser —contestó ella. Pero el instinto le decía que Barain la estaba mintiendo.

CAPÍTULO V

Faltaban ya veinticuatro horas para llegar a Rimatara. La goleta proseguía la navegación con toda normalidad, aprovechando el buen viento con todo el trapo desplegado. Imógene había oído comentar que en ocasiones habían alcanzado los diecisiete nudos horarios, lo cual, en medio de todo, no dejaba de constituir una buena marca para una embarcación comercial.

El ambiente de tensión proseguía a bordo. Los canacas miraban recelosamente en todas direcciones y aunque ejecutaban sus trabajos con rapidez, lo hacían de un modo mecánico, sin poner en él el entusiasmo que Imógene había oído les era habitual. Las relaciones entre el capitán Olson y su piloto continuaban siendo frías, limitadas únicamente a lo indispensable para la buena marcha de la navegación.

Era de noche y la luna apuntaba ya por el Este. Imógene permanecía acodada en la borda, contemplando el brillo de las aguas y el blanco resplandor de las espumas, cuando, de pronto, sintió que alguien se le acercaba.

Volvió la cabeza rápidamente.

—Ah, es usted, señor Barain —dijo.

—¿Temió, acaso, que fuese ese misterioso asesino que, según usted, pretende matarla?

—Usted se burla de mí, señor Barain, y piensa que soy una muchacha histérica, alucinada por mil absurdas historias de misterio y de terror: pero yo le aseguro que ese asesino continúa a bordo.

—Es una lástima que no nos acompañe un buen detective —sonrió el joven—. Un Sherlock Holmes descubriría al asesino en un periquete y nos permitiría a todos dormir con más tranquilidad.

—No se burle de mí, se lo ruego —contestó ella—. Ya que no me cree, al menos...

—Está bien, *miss Driscoll* —la interrumpió Barain—. Dígame usted, en su opinión, qué razones tiene el asesino para matarla.

Imógene se mordió los labios. Barain parecía una excelente persona. Pero ¿y si el asesino era él? Imógene había oído decir que los tiempos en que los sentimientos criminales de una persona se reflejaban en su rostro, habían pasado a la historia. A pesar de su atractivo aspecto, Barain podía ser un asesino en potencia. Sin embargo, no estaba al lado de Fogger cuando éste recibió el empujón que le hizo perder el dominio del timón. Ahora bien, ¿no cabía pensar que el asesino podía disponer de un cómplice a bordo de la

«Ata-Nui»?

Estaban en la amura de babor, entre los dos mástiles fue la goleta, la cual navegaba con una escora de quince grados. Las escotas que sujetaban el velamen gruñían cada vez que recibían un golpe de viento más fuerte que de ordinario.

Barain volvió a hablar antes de que lo hiciese ella. Imógene oyó su voz, que le arrancaba de sus meditaciones.

—Seguramente —habló el joven—, piensa que yo también puedo estar complicado en ese intento de asesinato.

—No sé —respondió ella—. Me siento aturdida... Le ruego me dispense, señor Barain. La verdad es que hace ya mucho tiempo que estoy muy preocupada. Temo que le haya pasado algo a mi hermano...

—¿Qué tiene que ver su hermano con lo que ocurre a bordo, *miss Driscoll*?

Ella le miró de frente. De pronto decidió confiarse a él. No por ello iba a correr ya mayores riesgos de los que estaba corriendo.

—Mi hermano me dijo que se había hecho rico, pero que, además, había hecho un descubrimiento fabuloso, algo jamás visto —manifestó con tono firme—. Le contesté que me conformaba con lo que ya había ganado en Rurutu y que volviese a San Francisco cuanto antes. No he vuelto a tener más noticias de él, señor Barain.

El joven se pellizcó el labio inferior, sumamente pensativo.

—Entonces, ¿teme que le haya ocurrido algo malo a su hermano?

—Lo más seguro, señor Barain. Un año es demasiado tiempo para no conocer ninguna noticia de él.

—Es cierto. Entonces, usted cree que el intento de asesinato hacia usted está relacionado con el silencio de su hermano.

—Muy posiblemente. Y no sólo lo que se refiere a mí, sino también en lo que concierne al canaca que murió devorado por los tiburones. Ri-Ri me dijo que quería hablarme a la media noche, a solas. Poco después, el capitán Olson le mandó a la cruceta del palo mayor. El resto ya lo sabe usted tan bien como yo, señor Barain.

—Sí —convino él—. Probablemente es como usted dice, *miss* Driscoll. Ahora bien, ¿no tiene usted alguna idea del hallazgo que había convertido a su hermano en un hombre rico?

—En absoluto. Bien es cierto que Raymond era muy dado a fantasías; pero en esta ocasión, me pareció que era completamente sincero.

—Es una lástima que no haya sido más explícito en su carta. ¿Qué clase de descubrimiento realizaría para calificarlo de sensacional? Debía tratarse de algo muy importante, por supuesto.

—Eso mismo opino yo, aunque no tengo ni la más remota idea de lo que se trata.

—No sé —murmuró Barain—. No acabo de entender qué puede hallarse en una isla de los Mares del Sur para convertirlo a uno en un hombre rico de la mañana a la noche.

Imógene movió la cabeza ligeramente. Ella tampoco podía decir nada al respecto. Agotado momentáneamente el tema, callaron los dos.

De pronto, un rayo de luna incidió sobre un objeto brillante. Imógene se estremeció al ver brillar el crucifijo de metal que había sobre la tapa del ataúd, situado a una media docena de metros del lugar en que se hallaban.

—¿Quién será el hombre que yace ahí dentro? —preguntó de pronto.

—Quizá algún indígena que deseó ser enterrado en la isla donde nació —repuso Barain.

—Ésa es o era, una costumbre de los chinos que residían en San Francisco —manifestó Imógene—. Antiguamente, había barcos que se dedicaban casi exclusivamente al transporte de féretros desde los Estados Unidos a la China. Ahora las cosas han cambiado, por

supuesto.

—Sí —convino Barain distraídamente.

La escora de la goleta era tal, que su borda quedaba en ocasiones a pocos centímetros de las olas. Inconscientemente, Imógene alargó una mano con —el fin de mojarla en el mar. En el mismo instante, una voz autoritaria ordenó:

—¡Retire usted esa mano, *miss* Driscoll!

La muchacha respingó y miró hacia el lugar donde se hallaba el piloto, quien había sido el autor de la advertencia. Fogger continuó:

—Conozco más de un imprudente que ha perdido una mano en el vientre de un tiburón por haber hecho lo mismo que usted, *miss* Driscoll. No lo vuelva a repetir —concluyó, ya en tono menos hiriente.

—Muchas gracias, señor Fogger.

—No hay de qué, *miss* Driscoll.

El piloto les hizo una leve inclinación de cabeza y luego giró sobre sus talones, quedando de espaldas a ellos, a cuatro o cinco pasos. Permanecía en pie, con las piernas separadas, a fin de mantener el equilibrio, y las manos a la espalda, enlazando y desenlazando los dedos con nerviosos movimientos. Imógene se dio cuenta de que el piloto estaba sumamente preocupado, con toda seguridad, se dijo, por el incidente surgido días atrás con el capitán Olson.

Volvió sus ojos hacia Barain. Éste sonrió comprensivamente. En aquel instante se oyó un fuerte chasquido y la goleta sufrió una sacudida.

Imógene se preguntó qué podía ocurrir. Antes de hallar una respuesta adecuada, oyó un agudo grito, a la vez que sentía sobre sus hombros la presión de las manos, del joven.

—¡Cuidado! ¡Se ha soltado la escota de la botavara!

El empujón que Barain le propinó la hizo caer sentada sobre cubierta. El joven se agachó, justo en el momento en que el pesado madero, de doce metros de largo y casi tan grueso como un cuerpo humano, giraba velozmente en torno al mástil, impulsado irresistiblemente por el viento que impelía la cangreja, cuya parte inferior sujetaba.

El piloto se volvió, al escuchar el grito de advertencia de Barain. Sus ojos se dilataron por el espanto, a la vez que abría la boca para

lanzar un agudo grito. En el mismo instante, el pesadísimo madero le alcanzó de lleno en el rostro.

Por encima de los latigazos de la escota suelta y de los golpazos del motón, se oyó un estremecedor crujido de huesos. Luego, el cuerpo del piloto, muerto ya instantáneamente al recibir tan tremendo golpe, saltó por encima de la borda y fue a parar al mar.

La goleta se agitó espantosamente, perdida de momento la estabilidad, mientras la cangreja del trinquete giraba alocadamente a babor y a estribor.

Barain volvió a empujar a la muchacha.

—Tiéndase en el suelo. El motón puede destrozarle la cabeza si la alcanza.

La botavara describió un semicírculo en sentido inverso, mientras la enorme vela aleteaba con tremendos chasquidos. El mástil crujió ominosamente, en tanto que el timonel se esforzaba por mantener el rumbo, aferrado con ambas manos a la rueda del timón.

—¡Capitán Olson! ¡Capitán Olson!

Barain se puso en pie, con los pies separados, el cuerpo encorvado y las manos preparadas para agarrarse a la escota cuando la botavara volviese a girar. En el entrepuente se oía ya un escándalo mayúsculo.

La botavara fue lanzada de nuevo hacia babor. Barain dejó que la escota pasara por delante de él y luego la agarró con ambas manos. Pero era necesario algo más que la fuerza de un hombre para refrenar el poderoso impulso de un madero movido por una vela de más de doscientos metros cuadrados de superficie. La presión que ejercía el viento sobre aquel inmenso trozo de lona resultaba poco menos que irresistible, y el joven, que no había soltado la escota, fue arrastrado por la misma.

Imógene gritó angustiada. Olson dejaba oír ya su potente vozarrón, dando órdenes a los canacas para que asegurasen de nuevo la escota. Sin soltar el cabo, Barain fue levantado en el aire y pasó por encima de la borda cuando la botavara, en su movimiento de giro, salió fuera de la línea del casco de la goleta.

El joven quedó suspendido sobre el mar, a unos cuatro o cinco metros de la borda de la embarcación. La botavara permaneció unos momentos inmóvil y luego emprendió de nuevo su movimiento, de

giro. Entonces, al penetrar en la goleta, Olson y los tres canacas se arrojaron sobre la escota y consiguieron aferrarla a su cabilla, deteniendo de este modo el enloquecedor volteo de la cangreja.

Barain se dejó caer al suelo, en donde quedó sentado, momentáneamente exhausto por el esfuerzo realizado. Olson se inclinó sobre él.

—Señor mío, —dijo, conteniendo difícilmente su cólera—. ¿Puede usted decirme por qué se entretenía en jugar con el velamen de mi barco?

—¡Capitán! —gritó Imógene—. El piloto ha muerto.

—¡Qué! —Olson soltó una espantosa imprecación.

Barain se puso en pie.

—Así es, capitán. *Miss Driscoll* y yo estábamos en la amura de babor y él se hallaba unos pasos más adelante. La escota se soltó de pronto y la botavara giró velozmente, golpeándole en el cráneo y lanzándole a continuación al mar, seguramente, muerto ya en el acto.

—De modo que la botavara se soltó —gruñó Olson.

—Ciertamente, capitán —intervino Imógene, cruzando la cubierta—. Yo puedo confirmar todo cuanto ha dicho el señor Barain y, además, añadir otra cosa que él no ha dicho, acaso por prudencia. ¿Cómo se soltó el cabo de la escota? ¿No tenía que estar bien asegurada, capitán?

Olson se quedó cortado momentáneamente, sin saber qué decir.

—Así que ustedes estaban en el lado opuesto —rezongó.

—Justamente, capitán —respondió el joven—, y puede imaginarse fácilmente cuál es la potencia de impacto de un madero como ése, girando impulsado por el viento a toda velocidad. El señor Fogger tuvo que fallecer instantáneamente.

Olson se volvió de pronto hacia uno de los canacas.

—Diko, ve a mi camarote y trae la linterna eléctrica.

—Sí, capitán.

—Debería usted mandar virar en redondo y explorar la zona, para ver si se puede encontrar el cadáver del piloto —sugirió Barain.

—Eso es imposible —repuso el capitán—. Fogger está muerto ya y, a estas horas, devorado seguramente por los tiburones. Aparte de que es de noche y no podríamos ver nada, yo tengo marcado un

horario fijo, que procuro cumplir lo mejor posible. No puedo perder tanto tiempo para encontrar, si acaso, un cadáver. Seguiremos nuestro rumbo, señor Barain, eso está ya decidido.

—Seguramente, a usted no le interesa que se encuentre el cuerpo del señor Fogger —declaró Imógene calurosamente.

—¿Qué es lo que quiere decir usted, *miss* Driscoll? —gritó Olson.

—Tengo la sensación de que la muerte del piloto, no sólo no le perjudica, sino que le beneficia bastante. Todos cuantos nos hallamos a bordo de la

«Ata-Nui»

pudimos oír con toda claridad las frases que se cruzaron entre los dos el otro día, capitán. ¿Por qué se calló, cuando el piloto lanzó sobre usted ciertas acusaciones que no terminó de aclarar, sin embargo? ¿Es que tiene usted algo, que ocultar a la Justicia?

—¡Basta! —aulló Olson, descompuestamente—. *Miss* Driscoll, le ordeno cesar en semejantes insinuaciones que carecen por completo de todo fundamento. Y es más; voy a recordarle que soy el capitán de esta nave, con potestad suficiente para encerrar a cualquier persona que viaje a bordo de la misma, ya sea tripulante o pasajero, si noto que su conducta puede resultar nociva para el resto. De modo que si vuelve a decir algo injurioso para mí, la encerraré en su cámara hasta llegar a Rurutu. ¿Está claro, *miss* Driscoll?

—Está claro que usted llama insulto a la verdad, capitán —replicó ella, sin amilanarse—. Pero, puesto que parece molestarle tanto, callaré... aunque sólo por ahora.

Olson la miró, despidiendo llamas por los ojos. En aquel momento, regresó el canaca con la linterna.

El capitán le arrebató la lámpara de un manotazo y, después de encenderla, la paseó por las cabillas. Súbitamente, una tremenda exclamación brotó de sus labios.

—¡La escota presenta señales de haber sido cortada con un cuchillo!

CAPÍTULO VI

Imógene estaba acodada en la borda, contemplando melancólicamente el cabrillar de la luna sobre las olas. Hacía unas pocas horas que habían zarpado de Rimatara, en donde, al igual que en la ocasión anterior, sólo habían permanecido el tiempo estrictamente indispensable para la carga y descarga. La

«Ata-Nui»

había zarpado al atardecer, casi vergonzosamente, sin gritos de despedida ni voces alegres. Imógene sabía que el capitán Olson se había obligado a dar cuenta de las dos muertes producidas a bordo, y los sucesos habían trascendido a la población isleña, buena parte de la cual había acudido a contemplar a la goleta escenario de tan trágicos hechos. Aún se acordaba la muchacha de la silenciosa observación de los isleños, inmóviles sobre el muelle de pilotes, con el rostro serio y la boca cerrada. Ella había oído hablar mucho de la alegría de los indígenas, pero las muertes de

Ri-Ri

y de Fogger habían acallado todo síntoma de alegría.

Ahora ya sólo le quedaba un día más de navegación, otra noche y al amanecer siguiente, llegarían a Rurutu. Entonces podría dedicarse a la investigación. Empezaría por dos hombres a quienes Raymond había citado con alguna frecuencia en sus cartas, y de los cuales le había proporcionado magníficas referencias. Uno de ellos se llamaba André Lerap y era el jefe del puesto comercial de la isla. El otro respondía al extraño nombre de Grimpeur. Imógene ignoraba si se trataba de un apellidado auténtico o era un apodo; en todo caso, Raymond no, se lo había aclarado.

Pero de lo que sí estaba segura era de que Raymond se había relacionado con los dos hombres y que ellos le darían alguna

información sobre los motivos del silencio de su hermano. Porque Imógene, y más después de lo ocurrido, ya no se hacía demasiadas ilusiones acerca de la suerte que había corrido Raymond. Alguien se había enterado de su secreto y lo había asesinado. De pronto sintió una profunda congoja. ¿Valían las riquezas halladas por Raymond la vida que había perdido? Evidentemente, no, pero el hallazgo debía tener una gran importancia, cuando ella misma había sido objeto de más de un intento de asesinato. Ahora bien, ¿qué haría si llegaba a descubrir la verdad? ¿Denunciar al asesino? ¿Ante quién formularía la denuncia en tal caso? ¿Y qué pruebas podría aportar en apoyo de sus asertos?

Un hombre surgió de una de las escotillas en aquel momento. Imógene lo reconoció en el acto. Era uno de los canacas,

Wen-I,

el cual, según creía recordar, había sido bastante amigo de Ri-Ri.

Al ver al nativo, se le ocurrió una idea.

—¡Wen-I! —llamó.

El canaca se le acercó respetuosamente.

—¿Sí, *miss* Driscoll?

—Tú eras buen amigo de

Ri-Ri,

¿no es cierto?

Wen-I

miró aprensivamente en todas direcciones.

—Sí —reconoció al fin.

—¿Has nacido en Rurutu?

—No, *miss* Driscoll, en Vanavana.

Imógene sintió una profunda decepción al escuchar aquella respuesta. Pero se rehízo casi al instante.

—Tengo entendido que

Ri-Ri

era natural de Rurutu.

—Sí, *miss* Driscoll.

—¿Puedes decirme cada cuánto se detiene la

«Ata-Nui»

en Rurutu?

—Dos, tres veces por año, nunca más.

—¿Oíste hablar a

Ri-Ri

alguna vez de mi hermano Raymond?

Wen-I

volvió a mirar a derecha e izquierda. Aprensivamente, contestó:

—No, no oí hablar nunca de su hermano, *miss* Driscoll.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Seguro, *miss*. —Pero Imógene notó que la voz de

Wen-I

carecía de firmeza. ¿A quién temía? ¿Por qué mentía?

Se inclinó hacia adelante.

—Wen-I, tú no me estás diciendo la verdad. Tú me engañas.

—Se lo juro, *miss* —contestó el canaca, cuyo nerviosismo se acentuaba a cada segundo que transcurría—. No oí nunca nada de su hermano.

—Escucha —dijo ella de pronta—, tengo dinero. Puedo, darte mucho si me dices toda la verdad. Vamos, habla,

Wen-I.

De lo contrario, te expones a un serio disgusto con la policía de Papeeté. Te privarían de tu cartilla de navegación y...

Imógene no pudo continuar. El vozarrón del capitán Olson se dejó oír de pronto.

—¡Wen-I! ¡Tu puesto está en el timón, condenado hijo de perra! ¡Vamos, pronto!

Asustado,

Wen-I

echó a correr hacia la popa, haciéndose cargo del timón inmediatamente. El capitán Olson le largó otra andanada de invectivas y luego se dirigió hacia la escotilla de acceso a su cámara.

Se detuvo a pocos pasos, de la muchacha y la miró fijamente.

—*Miss* Driscoll —dijo secamente—, le agradeceré no distraiga a ninguno de mis hombres cuando están trabajando, especialmente si en ese momento hacen la guardia en el timón. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, capitán —respondió ella con gélido acento, a la vez que le volvía la espalda.

Estuvo así unos momentos, indignada por las palabras de Olson.

Por un momento, se sintió tentada de acercarse a

Wen-I,

pero acabó por reprimir su impulso. Ya tendría ocasiones de volver a hablar con el canaca y hacerle soltar la lengua, atada Dios sabía por qué misteriosas razones. Aunque le repugnaba acudir a tales procedimientos, ya que nunca le había gustado alardear del poder del dinero, se daba perfecta cuenta de que no le quedaba otro remedio que presionar a

Wen-I

con el señuelo de un buen puñado de billetes. Wen-I sabía algo, y ella estaba dispuesta a averiguarlo.

Dos hombres habían muerto ya a bordo de la «Ata-Nui».

¿Tenían sus muertes alguna relación con la falta de noticias de Raymond? En tal caso, debía hacer cuanto pudiera por esclarecer aquel misterio. No sólo había un asesino en Rurutu, sino que su cómplice estaba a bordo de la goleta. Existía, indudablemente, un enigma y existían algunas personas a las cuales no interesaba que se desvelara tal enigma. Pero ella lo haría... a menos que no acabase en el vientre de un tiburón.

La idea le hizo estremecerse y, de modo maquinal, se apartó de la borda. Lentamente, caminó hasta situarse al pie del trinquete, junto al caballero donde se amarraban las drizas. Pensó en hablar al día siguiente con Barain. El joven parecía de confianza y, al menos en el tiempo de navegación, se había mostrado sobrio. Quizá se debía a la sombra que proyectaba Olson sobre todos ellos.

Su vista recayó de modo distraído sobre el ataúd. Sin poder contenerse, se preguntó quién había querido volver a Rurutu después de muerto. La presencia a bordo de un cadáver, aun no siendo supersticiosa en manera alguna, le pareció un sombrío presagio de lo que podía ocurrir más adelante. De todas formas, suspiró, ya faltaba poco para que sus temores y aprensiones dieran término. En menos de dos días estaría ya en Rurutu y...

Se interrumpió de pronto. El ataúd estaba a seis u ocho pasos de distancia y la luz de la luna le daba de lleno, permitiendo ver, sobre todo a unas pupilas habituadas a la débil iluminación nocturna, los menores detalles de su estructura. Imógene frunció el ceño; algo había en el ataúd que no era natural y lógico.

El aspecto del sarcófago seguía siendo, aparentemente, el mismo. Sin embargo, ella sabía que se había producido un cambio externo. Pensó rápidamente, tratando de recordar su apariencia anterior. ¿Qué era lo que había variado en aquel sarcófago?

Y, de pronto, el detalle se le reveló con estremecedora claridad. En un segundo lo vio todo diáfano, sin la menor duda.

El féretro estaba sujeto a la borda por dos sólidos cabos, a fin de evitar inoportunos desplazamientos debidos al balanceo natural de la embarcación. Ahora, las cuerdas habían desaparecido y el sarcófago estaba libre, aunque no se había movido de su sitio.

Una extraña premonición asaltó su espíritu. Algo iba a ocurrir en la nave. Estuvo a punto de lanzar un grito de espanto, pero supo reprimirse. Pensó desesperadamente a quién podía comunicar su descubrimiento. Quizá a Jean Luc; el joven parecía sujeto de confianza. Pero Barain estaba durmiendo ahora; lo recordaba perfectamente. Tan profundo era el sueño del joven, que a pesar de hallarse en la cubierta, ni siquiera se había despertado cuando Olson había empezado a insultar a Wen-I.

De pronto un leve chasquido llegó a sus oídos. Miró hacia el sarcófago con ojos dilatados por el pánico.

Un helado soplo de viento corrió a lo largo de su espalda. En un momento, al ver lo que sucedía, acudieron a su imaginación estremecedoras historias de fantasmas, de personas supuestamente muertas y que habían sido enterradas vivas, de seres asesinados que habían jurado volver desde el Más Allá para castigar a su matador...

¡La tapa del ataúd se movía!

Instintivamente, Imógene retrocedió un par de pasos, situándose tras la protección de una gran caja de embalaje, colocada bajo la botavara del palo trinquete. Asomó solamente la cabeza, mirando hacia el féretro con hipnótica fijeza, mientras sentía su cuerpo temblar de pies a cabeza.

La tapa del féretro quedó en posición vertical. Entonces, en tanto ella se notaba acometida por un horror sin nombre, una sombra se irguió del fondo del sarcófago y quedó sentada en el mismo, completamente inmóvil durante unos segundos.

Entonces, silenciosamente, una mano cerró la boca de Imógene. Esto resultó demasiado para ella. Cerró los ojos y se desmayó.

Cuando despertó por la mañana, vio que un rayo de sol jugueteaba en el interior de su cámara. Durante unos momentos permaneció sumida en una deliciosa languidez, en una agradable semivigilia que le hizo desear fuera eterna.

De pronto, recordó una cosa: ¡El ataúd!

Se sentó en la litera, hallando, con gran sorpresa, que estaba completamente vestida. Recordó que al ver el hombre que aparecía sentado en el féretro, había abierto la boca, sin duda para lanzar un grito de espanto. Pero en el mismo instante, una mano había presionado sus labios, cortando el grito que no había sido aún iniciado. El horrible pánico que sentía había provocado en ella un profundo desmayo, que luego, sin duda, había empalmado con el sueño.

Esto tenía fácil explicación. Lo que ya resultaba más difícil de aclarar era la identidad del vivo muerto y del hombre que le había tapado la boca con la mano. En su espanto, ella había creído que trataban de asesinarla, y por ello había perdido el conocimiento. Pero ¿quién la había transportado luego hasta su camarote?

Se sintió aturdida y mareada. Eran demasiadas cosas las que le estaban ocurriendo, para las cuales no hallaba explicación congruente. Lo único que podía afirmar, con ciertos visos de veracidad, era que todo estaba estrechamente relacionado con Raymond. ¿Qué pasaba? ¿Qué había hecho su hermano? ¿Por qué, al cabo de más de un año de silencio, moría la gente en torno suyo?

Se oprimió la cabeza por las sientes, dándose cuenta de que si continuaba con aquellos enloquecedores pensamientos, acabaría por desvariar. Haciendo un esfuerzo, sacó los pies de la litera y se acercó al pequeño lavabo que había en un ángulo de la cabina. Mojó una toalla y se la pasó por la cara. Luego se miró al espejo; estaba pálida y ojerosa. Claro que tenía motivos para ello. Aun así, su aspecto no podía ser más desastroso.

Instintivamente, comprendió que no debía aparecer en público con aquella cara. Buscó su bolso personal y se retocó las facciones cuidadosamente. Luego, antes de salir, ingirió un par de aspirinas. Cuando llegó a la cubierta, aspiró con delicia la fresca brisa y se llenó los pulmones de aire puro.

Uno de los canacas se le acercó respetuosamente.

—¿Quiere desayunar, *miss Driscoll*? —preguntó Diko.

—Sólo un poco de café, gracias —contestó ella, mientras tendía la mirada en torno suyo.

Olson estaba al timón. El reverendo Starries, como de costumbre, leía la Biblia, apoyado en un rollo de cuerdas en un lugar protegido del viento. En cuanto a Barain, yacía boca arriba, roncando estrepitosamente, con el sombrero echado sobre los ojos. Su mano derecha aferraba una botella en la cual quedaban todavía unas gotas de licor.

—Estaba borracho perdido —gritó Olson—. Tenía una maleta llena de botellas y me he visto obligado a decomisarla hasta que toquemos tierra, *miss Driscoll*.

Imógene sintió en el acto una profunda repugnancia hacia Barain. El vicio lo había dominado nuevamente. Era fácil prever lo que le pasaría una vez estuviese en Rurutu; se convertiría en un blanco degenerado, sin moral, sin respeto de sí mismo, despreciado incluso por los mismos indígenas..., excepto por la concubina que se buscaría inevitablemente, tal como sabía solía acontecer en circunstancias semejantes. El pensamiento, de lo que podía pasarle a Jean Luc, que le pasaría, sin dudas de ningún género, la hizo sentirse asqueada.

Diko trajo la cafetera y un gran pote de estaño. Imógene bebió la infusión a pequeños sorbos, sintiéndose algo mejor al terminar. Entonces se dio cuenta de que

Wen-I

no se hallaba en la cubierta.

—Diko —preguntó rápidamente—, ¿dónde está

Wen-I?

—Capitán Olson mandar encadenar. Wen-I distraerse anoche y perder rumbo —contestó el canaca—. Capitán Olson enfadarse mucho. —Y Diko se alejó sin añadir una sola palabra, mirando temerosamente en torno suyo.

Imógene se apoyó en la borda, mientras reflexionaba sobre lo que ocurría a bordo de la goleta. Las cosas se complicaban cada vez más y más a cada minuto que transcurría. Dos muertos, un desaparecido. —Imógene no tenía siquiera la seguridad de que

Wen-I

estuviese realmente encadenado—, un muerto que no era tal... ¿Qué era lo que iba a ocurrir en las próximas veinticuatro horas?

El instinto le dijo que debía callar el incidente de la noche anterior. No, sólo debían saberlo ella... y el hombre que le había tapado la boca, impidiéndola gritar, el mismo, seguramente, que luego la había conducido a su camarote. Una vez y otra miró al reverendo Starries y al capitán Olson, pero ninguno de los dos dio la menor muestra de saber nada del asunto.

«Y si saben algo, se lo callan», decretó finalmente, experimentando un profundo desánimo.

CAPÍTULO VII

Jean Luc Barain despertó cerca del mediodía. Desde su observatorio, Imógene vio y oyó la violenta pelea que el joven mantenía con el capitán Olson, a propósito del decomiso de su provisión de licor. La pelea terminó cuando Olson, harto ya de las impertinencias del joven le arreó un soberano puñetazo que lo derribó pies por alto sobre la cubierta.

Olson blandió furiosamente su enorme puño.

—¡Y si vuelve a molestarme con su maldita maleta, le sujetaré los pies con grilletes, señor Barain! —vociferó.

El joven se puso en pie lentamente. Caminó por la cubierta con evidente torpeza, hasta que sus pies tropezaron con un cubo que estaba en el suelo a poca distancia del sitio en que se hallaba el reverendo Starries. El cubo disponía de una larga sogá y Barain lo tomó, sumergiéndolo en el mar y echándose a continuación todo su contenido por encima del cuerpo. Starries protestó airadamente, porque le habían salpicado unas cuantas gotas de agua, pero el joven le envió al infierno con intemperantes palabras, en vista de lo cual, el predicador volvió a refugiarse en la lectura.

Barain se encaminó hacia la joven, chorreando agua por todas partes, mientras sonreía estúpidamente.

—Anoche la pesqué buena —dijo con voz estropajosa.

Ella le dirigió una helada mirada.

—Empezaba a creer que se había corregido usted, señor Barain —dijo desabridamente—. Con gran disgusto mío., observo que no es así.

—¿De veras se siente disgustada, *miss Driscoll*? —Barain alzó los hombros, haciendo un gesto de indiferencia—. ¡Qué se le va a hacer! Sí, quería reprimirme, pero hay veces en que un hombre

siente una sed horrible y... ¿me comprende usted?

—No, no le comprendo. Es más, me desagrada profundamente su actitud, señor Barain, si quiere que le diga la verdad.

—Vamos, no, me salga usted ahora con que pertenece a una de esas estúpidas Ligas Antialcohólicas —dijo él abruptamente—. No hay cosa que más deteste que una mujer linda y hermosa, intentando reformar a un hombre, cuando lo que debiera hacer es todo lo contrario, esto es, alegrarle la vida y...

—¡Señor Barain! —exclamó ella furiosamente.

—Está bien, está bien —contestó él, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Por lo menos, no me venga con sermones. ¡Diko! ¿Hay un poco de café por ahí?

—Sí, señor Barain —contestó el canaca.

Barain arrojó una mirada burlona hacia la muchacha y luego se alejó de allí, dejándola sola, entregada a sus poco consoladores pensamientos.

El día transcurrió lentamente, con gran pesadez, sin que se hubiese disipado en ningún momento el ambiente de tensión que reinaba a bordo. Más de una vez, Imógene sintió sobre sí clavadas las miradas del capitán y se preguntó qué pensamientos se esconderían tras aquel rostro, que en la mayoría de las ocasiones aparecía inescrutable. La llegada de la noche significó para ella, en medio de todo, un enorme alivio. Aunque tuviese que permanecer en vela todo el período de oscuridad, al menos, con la llegada del nuevo día, se dijo, acabarían sus padecimientos. Empezaba a pensar ya si la goleta no había sido embrujada.

Después de cenar, poco y aun con escaso apetito, reflexionó acerca de lo que debía hacer para pasar la última noche de su estancia a bordo. Al cabo de unos momentos de discusión consigo misma, llegó a la conclusión de que le convenía fingir que se retiraba a dormir y que más tarde, cuando hubiesen transcurrido dos o tres horas, saldría a cubierta y se apostaría en las inmediaciones del ataúd. Quería vigilar el sarcófago de nuevo, por ver si el misterioso sujeto que se escondía en el mismo volvía a salir a la superficie.

Al cabo de un rato se levantó, encaminándose a su camarote, cuya llave guardaba celosamente, después de lo, ocurrido en la puerta noches antes. Al llegar a la entrada de la cabina, abrió el

bolso, sacó la llave y la insertó en la cerradura.

Empujó la puerta y franqueó el umbral. En el mismo momento, algo húmedo, que emitía un penetrante olor dulzón, se apoyó en su rostro.

Un brazo la sujetó por el talle. Imógene se debatió mientras sentía penetrar en sus pulmones el insidioso aroma del cloroformo. Pero las manos que la sujetaban eran fuertes y no cedieron ante sus esfuerzos.

El mundo empezó a dar vueltas en torno suyo. Loca de terror, Imógene quiso gritar, pero no consiguió emitir otra cosa que unos sonidos inarticulados. Al mismo tiempo, necesitó aspirar aire, con lo que los vapores del anestésico adquirieron un mayor poder de penetración. Un rugiente torbellino la envolvió en unas alucinantes ondas de todos los colores. Notó que perdía las fuerzas y creyó hundirse en una sima sin fondo. No alcanzó a llegar al fondo de la sima, porque antes de que ocurriera, sintió que su mente era envuelta por una oscuridad impenetrable.

* * *

Despertó a la mañana siguiente, aturdida y embotada, con un tremendo mal gusto en la boca y una intensa sensación de náuseas en el estómago. Se asombró enormemente al encontrarse con vida después de lo que le había pasado la noche anterior. Tremendamente desconcertada, se preguntó quién podía haber sido el autor de su narcosis.

Era imposible hallar una solución lógica para tantos misterios. Tremendamente cansada, sintiendo sobre sí una enorme fatiga, al par que un gran desaliento, se levantó y se cambió de ropa. Tuvo necesidad de tomar unos cuantos sorbos de agua para aliviar la sequedad de sus fauces. Luego arregló su equipaje y después de tomar el bolso de mano, salió a la cubierta.

El aire fresco de la mañana terminó de despejar sus embotados sentidos. Lo primero que hizo fue mirar hacia el ataúd. Sin saber por qué, notó cierto alivio al verlo en su sitio amarrado, además. Entonces, al levantar la vista, vio la costa de Rurutu a menos de una milla de distancia.

—¡Ya llegamos, *miss* Driscoll! —gritó el capitán Olson desde el

timón—. Ahora sí que puede decir que sus padecimientos han terminado.

Ella se le acercó, agarrándose a la borda.

—¿A qué padecimientos se refiere usted, capitán? —preguntó incisivamente.

—Toma, pues a los que ha sufrido a bordo de este maldito cascarón de nuez. Me imagino —añadió Olson—, que no es lo mismo viajar aquí que a bordo de un *steamliner* de lujo. Las cosas varían, ¿no es cierto?

—Sí, sobre todo, cuando a bordo de ese cascarón se producen dos muertes violentas y una desaparición, capitán —expresó Imógene, mirándole rectamente al rostro—. Sin contar con otros incidentes, de los cuales prefiero no hablar.

—Las muertes están justificadas, *miss Driscoll* —contestó Olson en tono agrio—. En cuanto a la desaparición...

—Me refiero a

Wen-I

—manifestó la muchacha calurosamente—. Usted dijo que no hablase más conmigo y, por lo visto, para obligarle mejor a hacerlo, le puso bajo cadenas. Pero no le vi en todo el día, lo cual me hace suponer lo peor para ese pobre canaca.

Los ojos de Olson brillaron coléricamente.

—Castigué a

Wen-I

porque había descuidado el rumbo correcto, *miss Driscoll*. Pero no ha desaparecido, sino que está aquí, a bordo de la goleta. Mírelo usted, esperando mis órdenes para ayudar a la maniobra de atraque.

Imógene volvió la cara rápidamente. Su mirada se cruzó con la de

Wen-I

durante una décima de segundo. Luego,

Wen-I,

con aire indiferente, se puso a enrollar una cuerda.

—En cambio —añadió lentamente Olson—, el que ha desaparecido es el reverendo Starries.

Imógene respingó.

—¿Qué dice usted, capitán? ¿Es cierto eso?

—Absolutamente, *miss Driscoll*. Cuando me levanté a la

madrugada, ya no estaba a bordo de la goleta.

La muchacha se pasó la mano por la frente, sintiéndose enormemente aturdida.

—No..., no lo entiendo, capitán. ¿Qué opina usted sobre su desaparición?

Olson encogió los hombros.

—¿Y quién diablos puede saberlo? Quizá se inclinó demasiado sobre la borda y volteó, cayendo al mar. El caso es que no hemos oído el menor ruido ni tenemos indicio alguno de lo que puede haberle ocurrido, excepto, claro está, que no se encuentra a bordo. Puede estar segura —añadió—, que hemos registrado, concienzudamente la goleta, desde la quilla de pantoque hasta los topes de los masteleros. No, el reverendo Starries se ha esfumado, y mucho me temo que para siempre.

Imógene se sintió aterrada. Ya no le cabía la menor duda de que la goleta estaba embrujada. ¿Terminaría el maleficio al tocar tierra?

Paseó la vista en torno suyo. Barain estaba apoyado en la amura de estribor, junto a la proa, fumando un cigarrillo mientras observaba pensativamente el lento acercamiento de la isla, a media milla de distancia en aquellos momentos. Los cuatro canacas estaban en cubierta, listos para ayudar a la maniobra de arriar y aferrar velas, tal como hacían siempre que la

«Ata-Nui»

se acercaba a un puerto.

A unos trescientos metros de la costa divisó una línea de rompientes, sobre la cual saltaban las olas, deshaciéndose en blancos chorros de espuma. La barrera de arrecifes estaba interrumpida en su centro, dejando una abertura de un par de centenares de metros, espacio más que suficiente para que la goleta pudiera penetrar con toda comodidad en la rada.

A lo lejos, sobre la arena dorada de la playa, se veían ya numerosos puntitos negros; eran los isleños que aguardaban con impaciencia la llegada de la goleta. Detrás de ellos, entre el frondoso bosque, se divisaban las cabañas de bambúes y paja que componían la aldea. Imógene pensó que ya faltaba poco para conocer, por fin, la suerte que había corrido su hermano.

La voz de Olson resonó bruscamente. Los canacas se apresuraron a bajar las velas. Los focos fueron arriados y aferrados sobre el

bauprés. Impelida por la inercia, la goleta se acercó al paso.

—¡El motor auxiliar! —gritó Olson.

Uno de los canacas se precipitó por la escotilla que conducía a la cabina del motor. Olson se esforzó por dominar el desvío de la goleta, empujada por una fuerte corriente hacia el extremo, izquierdo de la abertura entre los rompientes. Giró la rueda del timón hacia estribor y la goleta viró pesadamente.

El rostro de Nsio asomó de pronto por la escotilla.

—¡Capitán! —gritó. Su cara, habitualmente morena, tenía ahora un tinte terroso—. ¡El motor se niega a funcionar!

—¿Qué estás diciendo, maldito estúpido? —vociferó el enorme capitán—. ¡Tiene que funcionar, hijo de perra! ¡Vamos, hazlo arrancar o te sacaré la piel a tiras!

—Imposible, capitán. Ya lo he probado,...

Un nuevo asalto de la corriente empujó a la goleta contra los arrecifes. Imógene palideció. ¿Iban a naufragar a la vista de la tierra?

—¡Izad los foques! —aulló Olson—. ¡Pronto, estúpidos!

Era preciso emplear algunas velas a fin de poder gobernar la goleta, dado que el motor ya no funcionaba. Los canacas se apresuraron a cumplir la orden, tirando de las drizas con todas sus fuerzas. El daño, sin embargo, estaba ya hecho.

Olson volteó desesperadamente la rueda del timón.

—¡Arriba todo el trapo! —gritó frenéticamente. La goleta viraba con espantosa lentitud y aunque la proa se apartaba de las rompientes, el casco se acercaba de través a las rocas de coral, impulsado por la fuerza conjunta del viento y de las corrientes marinas.

Imógene se asió con todas sus fuerzas a un obenque. Súbitamente, se oyó un ruido espantoso, el inconfundible sonido de la madera al ser desgarrada y astillada por las afiladas puntas de las rocas coralígenas.

La goleta se estremeció bruscamente, mientras las velas aleteaban con tremendos estallidos. El viento hizo presa de la lona y arrancó a la nave de aquel lugar, impulsándola al fin hacia adelante.

—¡Bajad a la bodega y examinad los daños! —gritó Olson.

Uno de los canacas se precipitó hacia abajo por la escotilla más

próxima. No tardó mucho en salir, gritando con acento lleno de terror:

—¡Hay una vía de agua de más de cuatro, pies de ancho, capitán!

Olson se puso a jurar como un condenado, mientras procuraba dominar la nave. Por encima de todos los demás ruidos, Imógene oyó claramente el estremecedor gorgoteo del agua al penetrar a raudales en el casco de la «Ata-Nui».

La distancia a la playa, era sin embargo, demasiado corta, para temer la posibilidad de un naufragio. Pesadamente, embarcando toneladas de agua a cada momento, la goleta se arrojó sobre la playa, único medio de mantenerse a flote. La roda mordió la arena con estremecedores crujidos, la cubierta bailoteó, subiendo y bajando frenéticamente durante unos momentos, los mástiles se bambolearon como si fueran a quebrarse y, finalmente, con un último aterrador chasquido, la

«Ata-Nui»

se quedó inmóvil, escorada hacia estribor.

CAPÍTULO VIII

Imógene clavó la mirada en el hombre que tenía frente a sí. Todavía llevaba pendiente del cuello el collar de «leis» con que las mujeres isleñas la habían obsequiado a su llegada a la isla, llegada, por cierto, bastante accidentada.

El hombre era alto, grueso, apoplético, y sudaba profusamente, pese al continuo movimiento de su mano derecha, con la cual enarbolaba un abanico de fibra. Su mano izquierda se movía, alternando los viajes al vaso que tenía sobre la mesa con el uso del pañuelo mediante el cual trataba de enjugarse, en vano, el abundante sudor que le brotaba de la frente. Dos enormes manchas oscuras aparecían en los sobacos de su camisa, cosa que llenaba de aprensión a la muchacha cada vez que se fijaba en aquel detalle.

Junto a André Lerap había una mujer nativa, joven, de amplios senos, cubiertos por la tela multicolor de un «sarong» enrollado en torno a su cuerpo de amplias y rotundas caderas. El rostro de la nativa, a quien Lerap había presentado como su esposa Azea, era muy hermoso, indudablemente, pero Imógene había captado en él una expresión de antipatía latente, que de tan intensa se aproximaba al odio.

Detrás de Lerap había una ventana abierta de par en par, a través de la cual podía verse la playa. La goleta estaba varada en la arena, con una gran escora hacia estribor, rodeada por los isleños, que ayudaban a la descarga, a fin de aliviarla totalmente de su lastre y procurar de este modo, ponerla a flote, con objeto de poder taponar la enorme vía de agua causada por las rompientes en el casco.

—De modo que es usted la hermana del buen Raymond Driscoll —dijo Lerap, tras las oportunas presentaciones.

—Así es, señor Lerap —contestó ella—. Hace ya más de un año que no he tenido noticias de mi hermano. Por eso me atreví a venir hasta Rurutu.

Lerap meneó su gruesa cabeza.

—No debiera haberlo hecho, *miss* Driscoll. ¿Por qué no me escribió a mí? Raymond y yo éramos buenos amigos. Se habría ahorrado un viaje inútil, se lo aseguro.

Imógene procuró dominar los alocados latidos de su corazón.

—Pensé en hacerlo, señor Lerap, pero me pareció más prudente venir yo misma a investigar por mi cuenta. Sea cual fuere la suerte que haya podido correr mi hermano, le agradeceré me lo diga sin rodeos. Estoy preparada para lo peor —concluyó.

Lerap hizo un gesto de desaliento.

—¿Qué puedo decirle yo, mi querida *miss* Driscoll? Raymond era un muchacho muy apreciado por todos los habitantes de la isla. Sí, ha sido muy sentida su falta, se lo afirmo con toda sinceridad, *miss* Driscoll.

—Por favor —exclamó ella, sumamente impaciente—, dígame usted qué ha sido de Raymond. Se lo ruego...

—Verá..., lo cierto es que no puedo decirle mucho, señorita. Un buen día desapareció, eso es todo. No tenemos la menor idea de lo que puede haberle sucedido... aunque yo me temo lo peor, ésta es la verdad.

—¿Cree..., cree usted que haya podido morir? —preguntó Imógene con un hilo de voz.

Lerap bajó la cabeza.

—Es lo más posible, *miss* Driscoll —contestó en tono apesadumbrado—. Todavía le diré más. Mi opinión particular es que fue devorado por un tiburón.

Imógene exhaló un gemido, a la vez que se tapaba el rostro con ambas manos. Estuvo así cerca de un minuto, al cabo de cuyo tiempo apartó las manos y miró a su interlocutor.

—¿En..., en qué se funda usted para hacer tal afirmación, señor Lerap?

—Sencillamente, en lo aficionado, que era su hermano a bañarse en zonas abiertas, las cuales, por regla general, están infestadas de tiburones. Cómo serán esos lugares, que ni siquiera los nativos van a bañarse allí.

—Entiendo —murmuró ella. Ya no cabía la menor duda de la suerte que había corrido Raymond. Siempre había sido un muchacho muy arriesgado, y atrevido y dado, además, a llevar la contraria a todo el mundo. Sí, las cosas tenían que haber ocurrido como decía Lerap.

Cuatro isleños pasaron por delante de la ventana. Llevaban unas angarillas sobre las cuales estaba depositado el ataúd que había transportado la

«Ata-Nui»

en su viaje hacia Rurutu. Imógene sintió un estremecimiento al recordar la escena de unas noches antes.

—Ahora —siguió Lerap—, deberá resignarse a permanecer una temporada en la isla, *miss* Driscoll.

—Sí, lo sé —contestó ella con voz neutra—. La goleta del capitán Olson ha sufrido graves daños.

—Tardará algunas semanas en dejarla en condiciones de seguir navegando, si es que lo consigue. La «Mary Johnston», del capitán Stimler, no hace escala hasta dentro de seis semanas, salvo imponderables. Y es la primera goleta que ha de tocar en Rurutu...

Las últimas palabras de Lerap casi no las oyó la muchacha. Sus ojos estaban hipnóticamente fijos en un objeto que había sobré la mesa, a la derecha del dueño de la casa. Era una cartera de piel de cocodrilo, con dos iniciales grabadas en oro, una R y una D. Ella conocía muy bien la cartera. Se la había regalado a Raymond en vísperas de su partida para Tahití. La pregunta surgió instantáneamente en su cerebro. Si Raymond había muerto, devorado por un escualo, ¿cómo estaba la cartera sobre la mesa de Lerap? La cartera que ella le había regalado a su hermano era para sustituir la anterior, vieja y sobada; e Imógene sabía perfectamente que Raymond tenía la inveterada costumbre de no separarse de la documentación bajo ningún pretexto. El convencimiento de que Raymond había muerto asesinado, de que Lerap la estaba mintiendo, penetró con fuerza incisiva en su mente.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no traicionarse. Emitiendo una sonrisa de circunstancias, preguntó dónde podría alojarse mientras se viese obligada a permanecer en la isla.

—La cabaña de su hermano está desocupada. Haré que se la

acondicionen de nuevo —respondió Lerap—. Temo que no ha de ser un alojamiento como los que está acostumbrada a utilizar, pero es de lo mejor que podemos ofrecerle en la isla, *miss Driscoll*. Además, en cuanto hayan pasado unos días, se dará cuenta de que vivir en una cabaña, con la temperatura tan estupenda que reina en Rurutu, no es tan malo como puede parecer.

Imógene hizo un signo de aquiescencia y se puso en pie, evitando cuidadosamente mirar la cartera, a fin de no traicionarse.

—Ha sido usted muy amable conmigo, señor Lerap. No sé cómo agradecer sus bondades.

Lerap agitó la mano blandamente.

—Raymond era buen amigo mío, repito. Mi obligación es hacer por su hermana cuanto pueda, *miss Driscoll*. Azea, mi esposa, la acompañará hasta su cabaña y cuidará de que quede bien instalada.

—Gracias de nuevo, señor Lerap.

Imógene se encaminó hacia la puerta. De pronto recordó un detalle y se volvió.

—Señor Lerap —dijo.

—¿Sí, *miss Driscoll*?

—En sus cartas, Raymond me hablaba de usted y de un tal Grimpeur. ¿Puede decirme qué ha sido de éste?

—Oh, *miss Driscoll*. Grimpeur marchó de Rurutu hará tres meses. Lo llevó el capitán Stimler, en la «Mary Johnston».

Valerosamente, Imógene trató de ocultar la decepción que sentía al escuchar las palabras de su interlocutor. Esforzándose por sonreír, se despidió de Lerap y salió, acompañada por Azea.

* * *

Los primeros días transcurrieron en la isla sin ninguna novedad. De cuando en cuando, aburrida, sin saber qué hacer, Imógene se acercaba a la playa, en donde la «Ata-Nui»

continuaba varada. El capitán Olson se esforzaba por repararla, mientras vociferaba e increpaba a todos cuantos se encontraban a su alrededor. La goleta presentaba en el costado de babor de la obra viva, bajo la línea de flotación, un boquete de cuatro pies de largo por dos de anchura. Si el accidente se hubiera producido a dos

millas de la costa, la goleta se habría sumergido sin darles tiempo a salvarse. Su suerte había estado en la relativa corta distancia de los rompientes a la playa.

En cuanto a Barain, permaneció tres días sin dejarse ver. Al cuarto, Imógene se lo tropezó, con una botella medio vacía en una mano y la otra oprimiendo cariñosamente el esbelto talle de una linda muchacha isleña. Barain estaba completamente bebido y cantaba en francés una canción de letra impublicable, que parecía ser muy del agrado de la linda nativa, a juzgar por las continuas carcajadas que soltaba. Barain la saludó alegremente, pero ella volvió la cara, asqueada y ofendida. Sin saber por qué, se sintió terriblemente enojada al ver la actitud del joven. Las ruidosas carcajadas de Barain y de su acompañante la persiguieron durante largo rato.

En dos o tres ocasiones intentó aproximarse a Wen-I.

No sabía cómo, pero el capitán Olson se las arreglaba siempre para aparecer en el momento menos oportuno para ella. A última hora, Wen-I

la suplicó que lo dejase en paz. El canaca tenía un miedo espantoso al voluminoso pelirrojo y ella, aun sintiéndolo enormemente, hubo de comprender sus razones.

Intentó encaminar sus gestiones por otro lado, pero no encontró sino un sólido e intraspasable muro de silencio. Los isleños eran gente muy amable y acogedora, que se desvivían por servirla, pero en cuanto mencionaba el nombre de su hermano, enmudecían repentinamente. Lo más que consiguió obtener de un par de personas a las cuales interrogó más ahincadamente que a las demás fue que Raymond había sido una excelente persona y que sentían mucho su muerte. Pero ninguno fue capaz de darle la menor explicación acerca de las circunstancias en que se había producido la muerte de Raymond.

Imógene empezó a sentirse más y más desanimada, hasta el punto de que pensó muy seriamente en abandonar toda investigación, en vista de que sus esfuerzos resultaban estériles. Pero una fuerza oculta, una especie de reacción contra sí misma, la impulsó a seguir adelante. «Cueste lo que cueste», se dijo, rehaciéndose de aquel pasajero desfallecimiento.

Al final de la primera semana de su estancia en la isla, decidió dar un paseo algo más largo que los que tenía por costumbre. Preguntó, indagó y al fin la recomendaron un sitio excelente desde el cual, la dijeron, podía divisarse un magnífico panorama. Además, le indicaron un gran estanque natural, formado por las aguas recogidas en una gran concavidad procedente de un torrente que venía de las montañas, en donde podría bañarse con toda comodidad, sin temor a los peligrosos escualos.

Metió una toalla y un traje de baño en una gran bolsa y se encaminó hacia el lugar señalado. Caminó a buen paso, mientras su mente, como de costumbre, reflexionaba y analizaba todos los sucesos de que había sido protagonista. Uno de los que más preocupada la tenía era el asalto que había sufrido en su cabina la última noche de navegación. ¿Quién la había narcotizado y por qué? Recordó sus terrores en el momento de desvanecerse, pensando que el asesino quería arrojarla luego al mar. Sin embargo, había despertado en su litera con toda normalidad. Era éste el suceso que casi la intrigaba más que ningún otro. ¿Quién había sido?

De pronto, cuando atravesaba una zona particularmente espesa, caminando por un sendero muy estrecho, que apenas si permitía el paso de una persona, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—¡Miss Driscoll!

Imógene se detuvo en el acto. La voz pertenecía a una mujer, cuyo conocimiento del francés era notablemente deficiente.

—Simule que se le ha soltado una sandalia —continuó la voz, que brotaba de unos matorrales situados a su derecha—. No mire hacia mí, se lo ruego.

Imógene obedeció, sintiendo una anormal elevación de su pulso. Dejó la bolsa en el suelo, y se arrodilló, haciendo lo que le recomendaban. Su intuición le dijo que quienquiera que fuese aquella misteriosa mujer, trataba de ayudarla.

—Conocí a su hermano. Tengo que hablarla. Aquí no, *miss* Driscoll. A medianoche, en su cabaña. ¿Me esperará?

—Sí, pero, dígame... ¿quién es usted?

—Sue Tamoté. Raymond y yo éramos... Bueno, él me había prometido casarse conmigo, *miss* Driscoll. Pero lo mataron antes de que pudiera cumplir su promesa.

—¿Cómo? ¿Quién? —preguntó ella vivamente—. Hable, pronto, Sue...

—No, no..., a la noche, en su cabaña... Ahora me voy..., viene alguien por el sendero.

Las hojas de los matorrales crujieron levemente al ser agitadas por una persona que se alejaba subrepticamente. Unos segundos después, cuando Imógene aún no había tenido tiempo de rehacerse de la enorme impresión sufrida, oyó una voz a sus espaldas.

—¿Le ocurre algo, *miss Driscoll*? ¿Puedo ayudarla?

Imógene terminó de ponerse en pie y se volvió. Azea estaba a dos pasos y la contemplaba con expresión inescrutable. ¿Habría oído algo de lo que le había dicho Sue Tamoté?

—No, no..., muchas gracias, Azea —contestó, procurando dominar su nerviosismo—. Se..., se me soltó una cinta de las sandalias y... Voy a bañarme al estanque.

—Yo también —respondió la isleña sosegadamente—. Supongo que no le importará que le acompañe, *miss Driscoll*.

—Oh, por supuesto, Azea. Así..., así nos distraeremos las dos mejor. ¿Vamos?

Durante el resto del día, Imógene tuvo sobre sí la preocupación de la inesperada presencia de la mujer de Lerap. Su temor consistía en si Azea había escuchado o no las últimas palabras que se habían cruzado entre ella y Sue Tamoté. Cuando llegó la noche, aún no se sentía capaz de afirmar una cosa en un sentido u otro.

CAPÍTULO IX

Encendió el enésimo cigarrillo y consultó, con ayuda de la llama de una cerilla, la hora que marcaba su reloj de pulsera. Eran ya las doce y diez minutos, y Sue Tamoté no había dado aún señales de vida.

La aldea permanecía completamente en silencio. Hasta los oídos de Imógene llegaba el monorrítmico rumor de los rompientes y el tenue susurro del Viento al pasar por entre las hojas de las palmeras. Salvo estos sonidos, la quietud era total, absoluta y, para Imógene, agobiadora y enervante.

Aplastó el cigarrillo a medio consumir contra el cenicero, una gran concha sujeta a un basamento de madera. Empezó a cansarse de esperar. Quizá, en medio de todo, lo de Sue Tamoté no había sido sino una trampa para observar sus reacciones. Un poco extraño le parecía la forma en que la isleña se había puesto en comunicación con ella, pero, por otra parte, ¿no le estaban sucediendo cosas raras desde el momento en que puso los pies sobre la cubierta del

«Ata-Nui»?

De pronto oyó un ruidito extraño, como si alguien arañase la madera de la puerta. Se sentó en el borde del lecho. Parecía un gato, queriendo entrar en la estancia. Pero ella no había visto ningún animal doméstico de tal clase en la isla.

Los arañazos se repitieron. Poniéndose en pie, con el corazón alborotado, Imógene miró hacia la puerta.

De pronto, le pareció que una voz susurraba su nombre.

Corrió hacia la puerta y, sin detenerse a pensar en los posibles peligros que podía correr, la abrió de golpe.

En el mismo momento, un cuerpo humano cayó sobre ella,

derribándola de espaldas.

Sonó un apagado gemido, de dolor. Imógene forcejeó por librarse de la presión de aquel cuerpo humano. Por el tacto, notó que se trataba de una mujer, la cual rodó a un lado al hacer ella fuerza para apartarla de sí.

—Miss Driscoll... —susurró una voz gimiente.

—¿Eres Sue Tamoté? —preguntó.

—Sí...

—¿Qué te ocurre? ¿Quién te ha empujado?

La respuesta se demoró unos segundos. Imógene sintió que un frío helado la corría por la espalda.

—Miss Driscoll... La bola negra... El cuenco... Oh, Dios mío, cómo duele...

Imógene se aterrorizó. ¿Qué le ocurría a Sue Tamoté?

De pronto oyó un suspiro agónico. Luego, el ronco sonido de un estertor llegó a sus tímpanos. Notó que unos pies golpeaban las maderas del suelo con débiles espasmos y, por fin, se hizo el silencio.

Durante unos momentos, Imógene permaneció en el mismo sitio, helada de espanto, sin atreverse a reaccionar. Al fin, se incorporó y buscó a tientas la caja de fósforos, regresando junto al lugar donde yacía la isleña.

Encendió una cerilla. Sus ojos se desorbitaron por el espanto. Los labios se abrieron solos, disponiéndose a articular el grito que ya se formaba en su garganta. Entonces, una voz calmosa, desde la puerta, dijo:

—Por lo que más quiera, *miss* Driscoll, haga el favor de no gritar.

La cerilla se apagó casi en el acto. Imógene notó que la cabeza le daba vueltas. El mango del cuchillo que asomaba entre los omóplatos de Sue Tamoté no dejaba lugar a dudas acerca de la horrible suerte que había corrido la desdichada isleña.

Un hombre se arrodilló a su lado.

—Manténgase serena, *miss* Driscoll —dijo Barain—. El gritar no la beneficiará en absoluto y, en cambio, puede perjudicarle mucho.

Ella empezó a reaccionar.

—Sue sabía algo de mi hermano Raymond —balbució—. Me habló cuando iba esta tarde a bañarme en el estanque, escondida

desde unos matorrales. Dijo que me vería a la noche y que me contaría más cosas da Raymond...

—Y alguien ha estado vigilando continuamente la puerta de su cabaña, y cuando vio que Sue se aproximaba, la apuñaló para que no hablase —dijo Barain ceñudamente.

Imógene movió la cabeza afirmativamente.

—¿Le dijo Sue algo antes de morir? —preguntó Bar rain.

La muchacha trató de escrutar el rostro de Barain en las tinieblas. ¿Quién era, en realidad, aquel hombre? ¿Qué pretendía de ella?

—No..., no pude entenderla bien del todo —mintió.

—Vamos, vamos, *miss* Driscoll. ¿Acaso desconfía usted de mí? —dijo él en tono de reproche.

—Usted pudo haber matado a Sue —acusó Imógene—. Su aparición se me hace muy sospechosa, si quiere que le diga la verdad.

—Vaya, esto no se me había ocurrido a mí, se lo aseguro. ¿Por qué iba yo a matar a Sue? En tal caso, no habría entrado en la casa, ¿no le parece?

—Ha podido hacerlo para tratar de averiguar lo que Sue me dijo.

—Luego es cierto que Sue le dijo algo. —Los dientes de Barain brillaron en la oscuridad—. Bien, ¿no cree que si yo hubiera sido el asesino, antes de matarla me la habría llevado a la selva y la hubiese torturado para obligarla a hablar?

—En tal caso, ¿por qué no lo hizo el verdadero asesino? —retrucó ella.

—Porque ya lo sabe y no quería que ella se lo dijese a usted.

—¿Y qué es lo que sabe?

Barain hizo un gesto de enojo.

—Oh, parece que estamos jugando a los despropósitos, *miss* Driscoll. Está bien. Puesto que no confía en mí...

—¿Cómo quiere que confíe en un hombre que se embriaga abyectamente a diario y que mantiene relaciones..., relaciones pecaminosas con una isleña?

Barain la miró de hito en hito durante unos segundos. Luego se echó a reír suavemente.

—De modo que eso es —dijo—. No sabía que la molestase, *miss*

Driscoll.

—Me disgusta que un hombre joven y bien parecido se estropee de esa forma tan inicua, señor Barain.

—Vaya —sonrió él—. Sus palabras significan una cosa, y es que yo le intereso algo. ¿Me equivoco?

—Prefiero no contestar —dijo ella secamente—. No es tema para discutir con el cadáver de una mujer entre los dos.

—Es verdad —convino él alegremente—. Tiene usted razón, ya había olvidado a la pobre Sue. Muy bien, adiós, *miss* Driscoll.

Imógene se sintió aterrada ante la idea de quedarse a solas con el cuerpo de la infeliz isleña.

—¡Espere, señor Barain! —exclamó vivamente—. No se vaya, por favor. Usted tiene que ayudarme...

—Por supuesto, ésas eran mis intenciones. Pero usted debe cooperar conmigo también. Y está claro, que si no hay confianza mutua, no puede haber cooperación de ninguna manera.

—¿Está sugiriéndome que si no hablo, se marchará, dejándome aquí con el cadáver de Sue? —dijo ella con los labios prietos—. Eso es una especie de chantaje, señor Barain.

—Es posible —convino él sin inmutarse—. Nunca se da nada sin recibir algo a cambio. Yo me encargaré de hacer desaparecer el cadáver de Sue y de ayudarla, y usted me dirá todo lo que sepa al respecto. Una vez más le repito que debe confiar en mí, *miss* Driscoll.

Imógene se pasó la mano por la frente, que sentía arder. Estaba aturdida, desconcertada, aterrada incluso. Sabíase centro de una conspiración realizada entre varias personas, a ninguna de las cuales arredraba un crimen más o menos, con tal de conseguir algo que ella ignoraba todavía, pero que, evidentemente, había sido causa de la muerte de su hermano, Raymond. Tenía que confiar en alguien a la fuerza. ¿Por qué no confiar en Barain? Suspiró.

—Está bien —dijo. Relató las circunstancias en que había conocido a Sue Tamoté y luego terminó con las últimas palabras pronunciadas por la isleña antes de expirar—: Dijo algo de una bola negra y de un cuenco. Inmediatamente después murió.

—Una bola negra y un cuenco —murmuró Barain reflexivamente—. Eso quiere decir algo, indudablemente. Tendré que dedicarme a averiguar qué pueden significar esas frases.

—¿Me lo dirá cuando lo sepa? —preguntó ella ansiosamente.

—Claro —respondió Barain—. Escuche, *miss Driscoll*; yo voy a encargarme de hacer desaparecer el cadáver de Sue. Usted deberá limpiar el suelo de manchas de sangre, a fin de que nadie sospeche nada mañana. ¿Entendido? Cuando sepa algo; ya se lo comunicaré, puede estar segura de ello.

Imógene alargó la mano y le agarró por una manga.

—Señor Barain.

—¿Sí? —murmuró él.

—¿Quién es usted? ¿Por qué está en Rurutu? ¿Qué clase de negocios le han traído a la isla?

El joven soltó una leve risita.

—Pregunta usted demasiado, *miss Driscoll*. Quizá algún día le de respuesta cumplida. Ahora... sólo le puedo decir que debe confiar en mí; le garantizo que no quedará defraudada. —Cogió el cadáver de Sue entre sus brazos y se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella con voz opaca.

Permaneció todavía unos momentos en la misma postura, sentada sobre sus talones, con la cabeza convertida en un torbellino de mil confusas ideas, sin que de ninguna de ellas saliera la claridad que ella esperaba y deseaba.

Al fin, lanzando un suspiro, se dispuso a limpiar las manchas de sangre del suelo. Pese a todas sus preocupaciones, no pudo contener una sonrisa. Si sus amigas de San Francisco la hubiesen visto trabajar de aquella manera, se habrían llevado una gran sorpresa, indudablemente.

CAPÍTULO X

Durante dos días no ocurrió nada de particular. La existencia en la isla se deslizaba plácida y monótonamente, aunque para Imógene sólo había monotonía. Miraba continuamente en todas direcciones, ansiosa, ávidamente, con vivísimos deseos de saber más cosas, pero no encontraba otra cosa que rostros sonrientes e inescrutables. Puesto que Barain se había ofrecido a desvelar el misterio de las frases pronunciadas por Sue Tomoté antes de morir, ella no se atrevía a realizar la menor investigación en tal sentido. Dábase cuenta de que estaba en vísperas de saber sensacionales revelaciones respecto a la muerte de su hermano, pero no, tenía la menor idea de la clase de tales revelaciones. La única seguridad que tenía era que Raymond había muerto, asesinado. Ahora sólo faltaba averiguar dos cosas, clásicas ambas en todo crimen: la identidad del asesino y sus motivos.

Se preguntó qué habría hecho Barain para hacer desaparecer el cadáver de Sue. Prefirió no pensar en ello; era algo que le ponía enferma.

Al atardecer del tercer día después de la muerte de Sue, se tropezó bruscamente con André Lerap.

—¿Qué tal, *miss* Driscoll? —preguntó untuosamente el jefe del puesto comercial de Rurutu—. ¿Se encuentra a gusto en nuestra isla?

Ella se esforzó por sonreír.

—La vida es un poco aburrida, aunque, hay que reconocerlo, paradisíaca.

—Sí, Rurutu es un oasis de paz en este mundo convulsionado en que vivimos —convino Lerap—. Yo no lo abandonaría por nada, se lo aseguro. Y son muchos los que piensan como yo. Más de uno vino

a esta isla con ánimo de pasar en ella una temporada y luego se quedó para siempre.

Lerap sonreía anchamente, pero Imógene creyó encontrar en sus palabras un siniestro significado.

—Mi hermano, por ejemplo —dijo, sorprendiéndose de su propia audacia.

Lerap sacó un gran pañuelo de chillones colorines y se enjugó la abundante transpiración de su rostro.

—La muerte de su hermano fue un terrible accidente que yo sentí muchísimo, *miss* Driscoll. Raymond era un excelente muchacho y cuando me di cuenta de su trágico fin, puede creerme, me llevé el mayor disgusto de mi vida.

—Me lo imagino —contestó ella. De pronto se le ocurrió una idea—. Dígame, señor Lerap; en sus cartas, Raymond me hablaba de una linda isleña, con la cual pensaba contraer matrimonio. Una tal Sue Tamoté, creo recordar que se llamaba. ¿La conoce usted? Me gustaría hablar con ella de Raymond, se lo digo sinceramente.

El rostro de Lerap expresó un súbito pesar.

—¡Pobre Sue! —exclamó—. Murió de pena, cuando se enteró de la muerte de Raymond. Era una excelente muchacha y todos sentimos también mucho su muerte.

Imógene estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. ¡Por fin había sorprendido a alguien con la guardia bajada! Lerap le estaba mintiendo desvergonzadamente. Y tenía que haberle dado una excusa semejante, puesto que no le cabía el recurso de alegar que no conocía a la mujer que había estado a punto de convertirse en la esposa de Raymond. Pese a todo, supo conservar su circunspección y no dejar traslucir la alegría que sentía al haber hallado su primera pista.

—Es verdaderamente sensible —concordó—. Me hubiese gustado tanta hablar con ella de mi hermano... Bien, el caso es que ya no podemos hacer nada, señor Lerap. Lo siento de veras. Ahora, ¿podría formularle otra pregunta? Mera curiosidad, ¿sabe?

—Por supuesto, *miss* Driscoll —contestó el hombre cortésmente—. ¿De qué se trata?

—Cuando vinimos a la isla, la
«Ata-Nui»

traía un ataúd en la cubierta. ¿Quién era el muerto, puede

decírmelo?

—Oh, se trataba de un isleño que murió en Papeeté. Salió de Rurutu hace muchos años y había conseguido realizar buenos negocios en Tahití. Pero, en sus últimos días, sintió nostalgia de la isla y dispuso en su testamento que lo enterrasen aquí. Ya lo hicimos noches atrás, *miss Driscoll*.

—Gracias, señor Lerap. Ha sido usted muy amable.

En aquel momento, oyeron una voz desafinada que cantaba una horrible canción. Jean Luc Barain pasó por delante de ellos, con una botella en una mano y el brazo opuesto en torno al flexible talle de una atractiva isleña, que reía complacida. Lerap meneó la cabeza.

—Un sujeto magnífico —dijo—. Pero no hará nada en la isla.

—¿Nada? ¿A qué se refiere usted, señor Lerap? —preguntó ella, intrigada.

—Barain vino a la isla diciendo que quería montar un negocio de exportación de copra. Si sigue a este paso, en unos meses estará convertido en una ruina. Conviene beber en estas islas, pero no dejarse dominar por el alcohol. Un hombre se echa a perder rápidamente, *miss Driscoll*, se lo aseguro.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Aunque las sombras del crepúsculo avanzaban rápidamente, pudo ver a Barain y a su pareja que desaparecían riendo y alborotando en el interior de una cabaña próxima. Las risas y las canciones cesaron bruscamente y entonces Imógene sintió dentro de sí algo muy parecido a la rabia y a la cólera.

—Así se vive en las islas, *miss Driscoll* —dijo—. Bien, buenas noches.

—Buenas noches, señor Lerap —contestó ella, con el gesto contraído. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se preocupaba tanto por lo que pudiera hacer Barain?

De repente, dio media vuelta y se encaminó con paso rápido hacia su alojamiento.

* * *

Estaba profundamente dormida cuando, de repente, oyó una voz que pronunciaba su nombre con un susurro.

—¡*Miss Driscoll*!

La llamada la sobresaltó fuertemente. Sentóse en el lecho, cubriéndose el pecho, instintivamente.

—No encienda ninguna luz, no grite; hable en tono natural. ¿Me ha comprendido?

Imógene miró hacia el punto de donde venía la voz y pudo distinguir una silueta asomada a la ventana que tenía a los pies del lecho. Poniéndose en pie, se acercó a la ventana, arrodillándose en el suelo, ya que él antepecho era muy bajo.

—¿Señor Barain? —preguntó.

—El mismo. Oiga, *miss* Driscoll, ya sé lo que quiere significar una de las palabras que pronunció Sue.

—¿De veras? —exclamó ella ansiosamente—. Por favor, señor Barain...

—Mañana hablaremos con más extensión —dijo él, cortando sus atropelladas palabras—. Escuche, ¿tiene lista su escafandra autónoma?

—Sí, claro... ¡Eh, oiga! —dijo Imógene, vivamente sorprendida—. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién le ha dicho que yo...?

Barain sonrió.

—Me permití registrar su equipaje en la goleta. Por eso sé que se trajo una escafandra autónoma. Supongo que sabrá utilizarla.

—Claro —contestó ella, aturdida y desconcertada—. Solía practicar la pesca submarina en California.

—Mañana tendrá ocasión de hacerlo en Rurutu. Yo también he traído una escafandra.

—Es usted una fuente continua de sorpresas, señor Barain —declaró ella con toda sinceridad.

Barain se echó a reír.

—Aún tengo que darle unas cuantas más, pero todo se andará, *miss* Driscoll. Escuche, son ahora las once menos cuarto. Esté dispuesta para las cuatro de la mañana. Vendré a buscarla antes de que amanezca. ¿De acuerdo?

—Por completo, señor Barain. Pero yo también tengo que decirle a usted una cosa muy importante.

—Bien, hable. ¿De qué se trata?

Imógene hizo una ligera pausa. Luego, con gran énfasis, dijo:

—Sé quién es el asesino.

—Vaya, ésa sí que es una buena noticia. Ha conseguido usted

más que yo, desde luego. Dígame su nombre, *miss Driscoll*.

—André Lerap, el jefe del puesto comercial.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Le pregunté por Sue Tamoté y me dijo que había muerto de pena meses atrás. Por Raymond, claro. Si Sue murió entre mis brazos, ¿cómo pudo morir hace varios meses? Sólo el asesino podría mentirme de esa manera, ¿no lo cree usted, señor Barain?

—Es posible, aunque ello no indica necesariamente que haya sido Lerap el autor de la muerte de su hermano.

—Entonces, ¿por qué me dijo que había muerto devorado por un tiburón y tenía su cartera —la reconocí sin lugar a dudas, porque se la regalé yo en vísperas de su partida— sobre su mesa de despacho? ¿No dice que cuando un tiburón devora a un hombre, se come todo lo que ese individuo lleva encima?

—Bien, no se puede decir que no sea usted observadora. Pero casi tanto como el asesino, nos interesa más conocer los motivos que le indujeron a matar a Raymond.

—Y a cometer los crímenes de la goleta, no lo olvide usted, señor Barain.

Los dientes del joven brillaron en la oscuridad.

—Tenga un poco de paciencia, *miss Driscoll* —dijo suavemente—. Pronto se sabrá todo, se lo aseguro. Haga lo que le digo; estaré aquí a las cuatro en punto de la mañana.

Barain hizo acción de retirarse, pero ella le retuvo.

—Oiga —dijo.

—¿Sí? —contestó él.

—Le he visto varias veces con una muchacha isleña.

—Ah —sonrió el joven—. Se llama Taniti. Es una buena muchacha.

—A usted parece gustarle mucho. Tanto o más que el *whisky* —dijo ella resentidamente.

Barain emitió una suave risita.

—Eso es una cosa que no debe quitarle el sueño, *miss Driscoll* —aseguró—. Y, de paso, yo le diré algo que debe saber; me agrada mucho su interés hacia mí. Buenas noches.

Imógene se quedó sola, antes de que hubiera podido encontrar una respuesta para las últimas palabras del joven. Reflexionó unos momentos. ¿Eran fingidas las borracheras de Barain? ¿Pretendía

pasarse por un beodo habitual a fin de lograr mejor información que de otro modo no habría logrado? Cuando se durmió, luego de un buen rato, aún no había podido hallar una solución para unas preguntas que la habían puesto sumamente nerviosa.

* * *

Salieron de la aldea subrepticamente, en medio de las sombras de la noche. Imógene se dio cuenta de que, además del bulto de su escafandra individual, Barain llevaba una pequeña mochila.

—Es un poco de comida, El lugar adonde vamos está un poco lejos y nos costará un día entero ir y venir. ¿Quiere que le ayude a llevar lo suyo?

—No, gracias, ya lleva usted demasiada carga.

—Entonces, le recomiendo que se coloque las botellas de aire a la espalda. Su esfuerzo será menor.

Así lo hizo Imógene, después de lo cual reanudaron su camino. Barain marchaba rápidamente, orientándose en la oscuridad con gran facilidad, sin perder su ruta un solo momento. Imógene le formuló numerosas preguntas, pero el joven sólo quiso contestar a una de ellas.

—Sé qué es y dónde está el cuenco. En cambio, no he podido averiguar nada de la bola negra.

—Eso parece una votación por bolas para una admisión en un club de número de socios restringido —comentó ella.

—También puede indicar otra cosa.

—¿Cuál?

—La muerte.

Imógene se estremeció. Barain tenía razón. ¿Era que todo aquel que había muerto asesinado, había recibido antes una bola negra anunciadora de su muerte?

Dos horas después de su partida de la aldea, Barain habló de la conveniencia de hacer un descanso. Aún les quedaban casi otras dos horas antes de llegar a su destino y les convenía reparar sus fuerzas. Imógene reconoció la justicia de tal idea y se descargó de la pesadumbre de su equipo.

Barain se sentó en el suelo, al lado de ella. Abrió la bolsa. Lo primero que vio la muchacha fue una pistola de pavonado acero,

que Barain guardó sin ningún reparo en el cinturón de sus pantalones.

—Tal como se están poniendo las cosas —dijo—, conviene estar prevenido. No me gustaría aumentar la dosis de jugos gástricos de un escualo, *miss Driscoll*.

—Por favor —dijo ella, sintiéndose acometida de una violenta náusea—. No hable de esas cosas, se lo ruego.

Barain se echó a reír. Sacó de la mochila un termo, con café, y unos bocadillos. Pese a sus aprensiones, Imógene devoró el desayuno con excelente apetito. Barain la miró comer con evidente complacencia y sonrió.

—Me gusta que las chicas bonitas no hagan dengues a la hora de comer —habló—. No hay nada más antipático que una mujer de sus características haciendo remilgos y calculando los gramos que debe comer para no aumentar de peso.

—Yo tenía entendido que a ustedes, los franceses, les gustaban las jóvenes finas y delgadas, señor Barain.

—Eso es una leyenda, *miss Driscoll*. Lo cierto es que nos gustan más rellenitas y...

Barain se interrumpió bruscamente. Algo pasó por entre los dos silbando agudamente y se clavó con terrible fuerza en el tronco del árbol bajo el cual se habían situado.

Casi en el acto oyeron el sonido característico de un disparo de arma de fuego.

CAPÍTULO XI

Imógene lanzó un agudo grito al oír el estampido. En el mismo momento se sintió violentamente empujada a un lado por las fuertes manos de su acompañante.

Barain se tendió también en el suelo, a la vez que formulaba una advertencia.

—Quédese quieta y no se mueva, Imógene.

Ya tenía su pistola entre las manos. Retumbó otro estampido. La bala se clavó en la tierra, a corta distancia del lugar que ocupaba la muchacha. Imógene, aterrada, se cubrió el rostro con los brazos, a la vez que se esforzaba por contener el temblor nervioso de su cuerpo.

Una tremenda detonación la aturdió y ensordeció. Barain acababa de disparar su pistola hacia el asesino, a pocos centímetros de su oreja. El joven lanzó una maldición y se puso en pie, corriendo unos cuantos metros hasta situarse detrás del tronco de un árbol.

Imógene levantó la cabeza. Sonaron dos disparos más. Una de las balas pegó en una superficie rocosa y se alejó, silbando agudísimamente.

Barain disparó dos veces más. Las detonaciones retumbaban con sonoros ecos bajo la bóveda vegetal que los protegía de los ardores del sol. De pronto, Barain lanzó un grito.

—¡Ahí va! —Y disparó nuevamente, hasta agotar el cargador de su pistola. Luego, mientras cambiaba el peine de munición, echó a correr hacia el punto desde donde les habían tiroteado.

Imógene lanzó un grito de espanto al verse sola. Sin saber casi lo que se hacía, se puso en pie y se lanzó a la carrera detrás, de Barain.

—Jean Luc —gritó, aterrorizada.

Corrió enloquecida, sintiendo, el agudo dolor del corazón al latir en forma desacostumbrada. De pronto tropezó con una raíz que sobresalía del suelo y cayó hacia adelante.

Los fuertes brazos de Barain la sujetaron antes de que terminara, su caída.

—Cálmese, *miss* Driscoll —dijo el joven—. No tiene motivos para sentir miedo.

Ella le miró de frente. La fortaleza de Barain calmó rápidamente sus temores. La sensación de los brazos del joven en torno a su cuerpo la infundió un valor que había perdido en unos momentos.

—Perdí la cabeza —dijo, excusándose. No hizo nada por desasirse de Barain; se estaba tan bien en los brazos del joven...

Barain sonrió.

—Se comprende —contestó. También él parecía encontrarse muy a gusto en semejante postura.

Permanecieron así unos momentos. Imógene sintió que el corazón volvía a latirle apresuradamente, pero ahora por un motivo, muy distinto. No pudo evitar que la sangre afluyese de repente a sus mejillas.

—Creo —dijo roncamente—, que debiéramos separarnos.

Barain seguía sonriendo.

—Sí, aunque es una lástima. No todos los días tiene uno la buena suerte de rodear con sus brazos el cuerpo de una linda joven.

—Por favor —dijo ella, apartándose—. ¿Ha encontrado algo?

La mano del joven señaló un punto del suelo, en donde se veían unas manchas circulares de color rojo.

—Cuando volvamos a la aldea, tendré que averiguar quién ha regresado herido de una excursión.

—¿No pudo verle la cara, Jean Luc?

Barain se echó a reír.

—Sólo alcancé a ver una espalda. El sujeto corría como un gamo. No se imaginó que se encontraría con una respuesta tan clara y poco agradable para él.

—¿Usted cree que trató de asesinarnos? —preguntó ella—. ¿Por qué?

—El asesino ha decidido pasar a la acción directa, Imógene.

—¿Lerap?

—Tal vez —contestó él ambiguamente.

—¡Cómo! ¿No cree usted que haya sido Lerap el autor de los disparos?

—Andy es un sujeto engañoso. Parece que sus grasas le impidan hacer movimientos fáciles, pero no es así. A pesar de todo, nunca habría podido correr tanto como el que disparó contra nosotros.

—¿Andy? Ah, sí, André Lerap —dijo ella—. Pero si no ha sido él —agregó—, es que tiene cómplices.

—Indudablemente.

Imógene miró fijamente al joven.

—¿Quién es usted, Jean Luc? ¿Qué papel desempeña en todo esto? Ahora no parece un sujeto dado a la bebida, como quiere hacer creer a todo el mundo.

Barain la cogió por el brazo y se la llevó de allí.

—Tenga un poco de paciencia, Imógene.

—Mi hermano murió asesinado —protestó ella vivamente.

—No fue el único, Imógene. —En tono festivo, Barain dijo—: ¿Se ha dado cuenta de que, inconscientemente, hemos suprimido los tratamientos?

Ella se dio cuenta de que Barain estaba decidido a no hablar, y suspiró, resignándose a ello. Caminaron hasta el sitio donde se habían detenido y recogieron sus cosas.

—Vamos a pasar un día muy agradable —comentó Barain en tono intrascendente.

—Sí, sobre todo, a juzgar por los tiros que nos han disparado.

—No creo que hoy vuelvan a dispararnos otra vez, Imógene.

Lo cual no garantiza que no quieran hacerlo a la noche. O mañana. O cualquier otro día. ¿Cuándo estará reparada la goleta, Jean Luc?

—¿Ya quiere marcharse de la isla, sin haber descubierto al asesino de Raymond? La goleta —aclaró él— estará aún en Rurutu durante una buena temporada, se lo aseguro.

Imógene le miró fijamente.

—No me extrañaría nada que hubiera sido usted el autor de la avería en el motor. Ni de otras cosas extrañas que sucedieron a bordo de la «Ata-Nui».

—¡Qué suspicaz es usted! —Barain rió alegremente—. ¿Vamos?

—Vamos —convino ella en tono desabrido.

Emprendieron la marcha. Dos horas después, Barain se detenía en la costa y extendía la mano, señalando hacia un punto, situado casi a sus pies.

—Ahí tiene usted el cuenco, Imógene.

* * *

Durante unos momentos, Imógene guardó silencio, contemplando el paisaje que se extendía frente a ella. El mar se hallaba a sus pies, a unos cinco o seis metros de la roca en que se habían detenido, un pequeño promontorio, que sobresalía un metro fuera del acantilado, el cual formaba una especie de semicírculo o anfiteatro de paredes verticales, que se hundían a plomo en el mar. La transparencia de las aguas, de un verde intenso, lleno de luminosidad, era tal, que podían divisarse las rocas a gran profundidad, hasta una docena de metros de la superficie con absoluta nitidez, aunque, naturalmente, deformadas las imágenes por la refracción de los rayos luminosos.

Frente a ellos, y también en semicírculo, a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia, se extendía una hilera de rocas, que sobresalían del mar entre uno y dos metros, azotadas de continuo por el oleaje. Los rompientes quebraban la fuerza del oleaje de tal modo que la superficie de las aguas, en el interior, estaba casi completamente tranquila, con algunas leves ondulaciones que no impedían en absoluto ver lo que había debajo de las mismas.

—Ahí es donde nos vamos a sumergir, Imógene —dijo él al cabo, de unos momentos.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Hay tiburones, recuérdelo.

—No en el interior del cuenco, Imógene.

—Explíquese, se lo ruego.

—Verá —dijo él—. Los rompientes forman como una barrera natural que impide el paso de los peces de gran tamaño. No son rocas a flor de agua, en un fondo de escasa cota, sino más bien un gran paredón vertical, en forma de curva, que surge del suelo desde doce o quince metros de profundidad como una especie de biombo o pantalla, con algunos diminutos orificios, que si bien permiten la renovación del agua contenida en el interior del cuenco, no dejan

pasar a los animales de tamaño grande, como los tiburones. Por eso le digo que podemos bañarnos con toda tranquilidad.

—¿Cree que encontraremos aquí algo que valga la pena, Jean Luc?

—Indudablemente, aunque si quiere que le sea franco, no pueda asegurarle de qué se trata. Me ha costado mucho llegar a la conclusión de que el cuenco que mencionó Sue antes de morir es este paraje. Fíjese en su forma; realmente lo parece, es como una gran vasija semiesférica, cuyos bordes emergen parcialmente fuera de las aguas.

—No he oído hablar en la aldea de este cuenco para nada, Jean Luc —alegó ella.

—Los indígenas conocen su existencia, aunque, muy posiblemente, le dan otro nombre. Éste, quizá, fue utilizado solamente por su hermano y Sue. He tenido que preguntar mucho para llegar a la conclusión, se la aseguro.

—Usted ha tenido suerte. Yo me cansé de hacer preguntas y no obtuve ninguna respuesta, excepto lo que hablé con Lerap.

—Es que hay que utilizar ciertos métodos para poder obtener respuestas adecuadas a las preguntas que se formulan —contestó él, guiñándole un ojo alegremente.

Imógene se enojó.

—No hace falta que me diga qué clase de métodos ha empleado, Jean Luc —dijo, ofendida—. Bien, voy a cambiarme, si no le importa.

—Cuando venga, yo ya estaré listo —contestó él, sonriendo descaradamente.

Imógene se retiró tras unos arbustos. Volvió a poco, ataviada con un sumario dos piezas de color rojo, que hizo parpadear a Barain. El joven admiró la rotunda firmeza de las líneas de la muchacha; el busto, alto y firme, el esbelto talle y el perfecto trazado de unas caderas de ánfora, prolongadas en unas piernas largas y maravillosamente torneadas, que completaban insuperablemente la espléndida escultura de su cuerpo.

Imógene se dio cuenta de la admiración que despertaba en el joven y, aunque íntimamente se sintió halagada, procuró no demostrárselo.

—¿Ya me ha contemplado bastante? —dijo, inclinándose para

recoger las botellas metálicas.

—Uno estaría mirándola cien años y apenas habría empezado a admirarla, Imógene —dijo él con toda franqueza.

—Muy amable por su parte —respondió ella un tanto desabridamente.

—Usted es una mujer joven y hermosa. ¿Tanto le molesta que se lo digan? La expresión de la verdad no puede constituir nunca una ofensa, máxime cuando esa verdad es algo agradable.

—De todas formas, estoy segura de que me comparaba con su isleña. Eso es lo que más me molesta, Jean Luc.

—Se equivoca. No la he comparado con mi... mi isleña, como usted dice, por la sencilla razón de que no puede haber comparación posible entre el día y la noche. Por supuesto, usted es el día, Imógene.

La expresión de la muchacha se dulcificó un tanto.

—Será mejor que lo dejemos. Para convencer a la gente, se las pinta usted solo, Jean Luc. ¿Acaso es abogado?

—Casi, casi —repuso él ambiguamente. Ya estaban equipados—. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

Descendieron hasta el borde de las aguas por un estrecho sendero practicado entre las rocas por la mano del hombre. Imógene se preguntó si habría sido hecho por Raymond. Luego, miró a Jean Luc, hacia el cual se sentía día a día más atraída. Resultaba sumamente extraño que el joven hubiese venido también provisto de una escafandra autónoma. ¿Qué era y qué pretendía? Suspiró, mientras se ponía entre los dientes la boquilla de respiración. Algún día lo sabría; eran tantos los misterios que aún desconocía...

Se sumergieron en el agua, de una claridad y limpidez absolutas. Jean Luc nadó precediéndola, a unos tres o cuatro metros de la superficie. El joven se encaminó primeramente hacia la barrera de arrecifes, a la cual llegaron momentos después.

Barain le señaló algunos agujeros que se veían en el muro rocoso. Ella hizo varios signos de aquiescencia, como para demostrar que le había entendido. Efectivamente, no había peligro de que los tiburones penetrasen en el cuenco. Podían nadar, pues, con toda tranquilidad.

A continuación, Barain dio media vuelta y nadó rectamente hacia los acantilados. Imógene le seguía puntualmente, moviendo las piernas con ritmo sostenido. De vez en cuando se cruzaban con alguna asustadiza bandada de diminutos pececillos de colores. Una o dos veces miró hacia abajo; la experiencia le dijo que el fondo del cuenco se hallaba a doce o quince metros de la superficie. Desde luego, era una magnífica piscina natural, en la cual podían bañarse tranquilamente sin riesgo alguno.

Llegaron a los acantilados. Entonces, Barain encendió una potente antorcha eléctrica de que iba provisto y empezó a explorar la pared submarina de los cantiles. Imógene seguía atentamente todos sus movimientos, sin comprender del todo las intenciones del joven. De pronto se le ocurrió pensar que tal vez podrían encontrar allí el cadáver de Raymond.

La idea le produjo un profundo estremecimiento. Se imaginó a su hermano con el rostro roído por los mordiscos de pececillos y estuvo a punto de lanzar un grito de susto, olvidándose de la boquilla de aire que llevaba entre los dientes.

De pronto, la mano de Barain la tocó en el hombro. Barain le señaló hacia abajo. Imógene miró, siguiendo con la vista la dirección del haz de rayos de la antorcha. Entonces vio un oscuro círculo, situado a ocho o, diez metros bajo la superficie de las aguas.

Barain picó, ganando profundidad. Imógene le siguió. Unos segundos más tarde, los dos se hallaban ante lo que parecía ser un túnel de metro y medio de diámetro y cuya longitud no podía calcularse por el momento.

Barain hizo señas de que era preciso explorar el túnel. Imógene sintió la aprensión de hallarse ante algo horrible y desconocido, pero hizo un esfuerzo y reaccionó, asintiendo ante la proposición del joven. Sin esperar a más, Barain se situó en posición y se adentró en el túnel.

Ella le siguió en el acto, tocando casi con el cristal de su máscara las aletas natatorias de Barain. Procuró no perderlo de vista un solo momento, guiándose, además, por el haz de rayos de su linterna, que alumbraba el camino con toda claridad.

El túnel resultó ser menos largo de lo que creían, una docena de metros apenas. Imógene se dio cuenta de que habían penetrado en

una gran caverna submarina, cuyos límites no podían precisarse de momento. Un rayo luminoso caía de lo alto, agitándose suavemente con los movimientos del líquido, al cual proporcionaba unos efectos de fantástica belleza. Parecía como si estuviesen sumergidos en el seno de una enorme esmeralda líquida, tal era el intenso verdor de las aguas.

El rayo de sol le dijo que la caverna debía tener una abertura en su bóveda, la cual daba a la parte exterior. Barain volvió a nadar de pronto y ella se situó a su lado, imitando sus movimientos con toda exactitud.

Recorrieron todo el ámbito de la caverna, cuyo tamaño parecía ser sensiblemente igual al del cuenco exterior, con la única diferencia de hallarse bajo un techo de roca y que parecía algo más profunda. De pronto, Barain se lanzó hacia abajo casi verticalmente, adelantando la antorcha, a fin de alumbrarse debidamente.

Barain extendió el brazo súbitamente. Imógene frenó su descenso. La luz de la lámpara cayó sobre un objeto extraño, fabuloso. Entonces, en un momento, la muchacha comprendió buena parte de lo que había provocado los asesinatos cometidos hasta entonces. Allí, delante de sus ojos, tenía la causa de la muerte de Raymond. Se sintió fascinada, horrorizada, morbosamente atraída por aquella cosa que la espantaba y subyugaba al mismo tiempo. Jamás había visto nada semejante; ni aun en sueños habría sido capaz de imaginarse algo parecido.

CAPÍTULO XII

Tratábase de un molusco gigante, de una almeja descomunal, de más de metro y medio, de largo, por el grueso correspondiente. Las valvas del molusco, de bordes ondulados, que debían encajar exactamente cuándo se unían, estaban abiertas de par en par, mostrando su carnoso contenido, de grisáceas tonalidades.

Pero no era esto lo que más atrajo la atención de Imógene, con toda su indudable rareza, sino el objeto, esférico, brillante, negro, de unos doce centímetros de diámetro, que reposaba blandamente sobre la carne del monstruo. Era una perla de tamaño descomunal, cuyo precio, se imaginó la muchacha, debía resultar fabuloso. «Si es que un objeto así tiene precio», se dijo.

Miró a Barain. Éste extendió el brazo, indicándole que retrocediese un par de metros. Imógene comprendió. Debía resultar terrible, espantoso, introducir un miembro entre las valvas y excitar la inmóvil y silenciosa cólera del molusco. Las conchas se cerrarían, atrapando al desdichado y haciéndole morir a poco por asfixia, imposibilitando en absoluto de vencer la terrible presión de las valvas.

Barain descendió hasta el fondo y agarró una piedra, que lanzó al interior del molusco. La carne del animal se agitó con suaves y espasmódicas ondulaciones, tratando de expulsar el cuerpo extraño que se le había introducido y que le molestaba. Entonces, las valvas se cerraron lentamente, hasta unirse por completo, ocultando totalmente a la vista de ambos jóvenes la contemplación de la fabulosa perla elaborada por el molusco a lo largo de quizá cientos de años de permanencia bajo las aguas.

Barain sacó un cuchillo de su cinturón y hurgó varias veces en el suelo, arrancando del mismo unos cuantos moluscos del tamaño de

su mano, aproximadamente, los cuales entregó a la muchacha. Luego señaló hacia arriba y emprendió el ascenso.

Imógene le siguió puntualmente. De pronto se encontró con la cabeza fuera del agua. El techo de la caverna se alzaba a cinco o seis metros por encima del nivel de las aguas.

Barain nadó hasta encontrar un saliente rocoso, relativamente llano, en el cual dejó su antorcha. Tomó los moluscos que había entregado a la muchacha y los dejó junto a la lámpara. Luego, la ayudó a izarse fuera, hasta que quedaron sentados en el saliente, con las piernas sumergidas en el agua.

Imógene se quitó la boquilla de los dientes y subió la máscara encima de la frente. Respiró profundamente un par de veces y luego miró a Barain.

—¿Qué le ha parecido el hallazgo, Imógene? —preguntó él, sonriendo.

—¡Dios mío! Nunca hubiera soñado contemplar una cosa semejante. Parece de fábula, Jean Luc. ¿Qué clase de molusco es ése?

—Un taclodo. Abunda especialmente en las costas australianas, donde los nadadores y los pescadores la temen muchísimo. Un hombre atrapado entre las valvas de un taclodo, aunque sólo sea por un brazo o pierna, puede considerarse como muerto. Pero, como ha podido comprobar, también en el archipiélago de Tuamotú existen algunos ejemplares. Por supuesto, al hallarse éste en un lugar tan escondido, ha podido crecer tanto y alcanzar su fantástico tamaño actual. Y —añadió— habrá podido darse cuenta también del significado de la frase pronunciada por Sue Tamoté. La bola negra, ¿comprende?

Imógene asintió con la cabeza.

—Su valor debe ser fabuloso, Jean Luc.

—Incalculable, Imógene, ésta es la verdad. Ya sabe usted, por tanto, cuál es el descubrimiento tan sensacional de que le habló su hermano en la última carta.

—Lo que me extraña —dijo ella reflexivamente— es que los indígenas no lo hayan descubierto hasta ahora. Una cosa así no puede permanecer secreta durante muchos años.

—Es cierto. Sin embargo, han podido concurrir varias cosas para que el taclodo no haya sido descubierto. Una, su profundidad; ni el

más robusto nativo podría llegar hasta aquí sin escafandra autónoma. Otra, quizá las supersticiones propias de los isleños, que les hayan hecho considerar como tabú, como algo ritualmente, absolutamente prohibido, la entrada a la caverna. No se me ocurren más cosas para explicar el secreto en que ha permanecido la existencia del taclodo hasta ahora.

—Es posible —convino ella—. Pero, si mataron a Raymond por la perla negra, ¿por qué sigue ahí?

—Quizá creyeron tenerla al alcance de su mano y luego se equivocaron. Esto, de todas formas —añadió él—, no lo sabremos hasta que hayamos detenido al asesino y obligado a hablar. Pero, en mi opinión, hay otro motivo más por el cual Raymond fue muerto. Mire un momento.

Barain cogió una de los moluscos y sacó el cuchillo. Separó las valvas con el acero y las abrió de par en par.

—Está vacío —dijo, decepcionado.

Imógene observaba las operaciones del joven con toda atención. Barain abrió dos o tres moluscos más, con idéntico resultado. El quinto no le defraudó. Contenía una gruesa perla de magnífico oriente, cuya vista arrancó a la muchacha un involuntario grito de admiración.

—¡Es magnífica, Jean Luc!

—Lo mismo pienso yo —contestó él, sonriendo—. Esta caverna es un verdadero criadero de ostras perlíferas. Su hermano Raymond debió hacer una buena cosecha de perlas, indudablemente. Lo malo es que no sabemos dónde están.

—Lerap —dijo ella.

—Es muy posible, aunque tengo la sensación de que Raymond murió sin haber soltado su secreto. Lerap y sus cómplices lo mataron, creyendo haber obtenido todo, pero, en realidad, cometieron un crimen sin ningún provecho. ¿Cree usted, que en tal caso, seguiría ahí todavía la perla negra?

Imógene asintió abstraídamente.



—Cuidado, no se mueva

—Sería curioso —dijo— hacerla evaluar por un experto.

—Se la compraría algún museo a cualquier precio, puede estar segura de ello.

—¿Qué dice usted? Nos la compraría, Jean Luc. Incluso tendrían que entenderse con usted. ¿Quién ha hecho el descubrimiento?

Barain movió la cabeza.

—Su hermano, Imógene. Yo no quiero nada, excepto descubrir al asesino, se lo aseguro.

—Tendremos que discutirlo más adelante —dijo ella. Tomó el molusco de manos de Barain y contempló extasiada la perla—. ¡Es maravillosa, Jean Luc!

—Me agrada que le guste —dijo Barain—. Quédesela, se lo ruego.

Imógene le dirigió una mirada conmovida.

—No puedo aceptarla —contestó—. Es suya, Jean Luc. Tome.

Barain rechazó la ostra.

—No, quédesela, insisto. Abajo, en el fondo; debe haber más, aunque me imagino que su hermano debió agotar casi el criadero. Estas aguas tranquilas y, al mismo tiempo, constantemente renovadas, favorecen la crianza de ostras perlíferas. Dentro de cinco o seis años habrá de nuevo aquí un tesoro, Imógene.

—Entonces —dijo ella muy pensativa—, si Raymond, como, dice usted, agotó el criadero, ¿dónde están las perlas que obtuvo?

Barain frunció el ceño.

—Esa posibilidad no se me había ocurrido —murmuró—. Quizá las tenga el hombre que le mató.

—¿Lerap?

—No es él solo, Imógene.

—¿El capitán Olson?

—Está mezclado en él asunto, aunque de una forma diríamos lateral, no, situado exactamente en la misma línea que Lerap y sus ayudantes.

—Usted parece estar muy enterado de algunas cosas que suceden aquí —observó Imógene, estudiando el rostro del joven.

Barain no cayó en el lazo que le tendía la muchacha.

—Todavía es demasiado pronto para hablar, Imógene. Bueno, yo creo, que es hora de volver a la aldea.

—Un momento —dijo ella—. ¿Cuáles son sus intenciones respecto a la perla negra?

—Esa pregunta se la debe contestar usted misma, Imógene. A fin de cuentas, es suya.

—¿Cree que los nativos nos la dejarían llevar? A veces me parece como si ellos considerasen el taclodo como una especie de deidad protectora.

—En tal caso, cometeríamos un sacrilegio si extrajésemos la perla gigante.

—Eso es lo que yo creo. Ciertamente, causaríamos una gran sensación en el mundo, si presentásemos esa perla... Pero en lo que a mí respecta, no siento ningún deseo de arrancar esa maravilla de su sitio. Además, aunque no soy lo que se dice una mujer rica, tampoco siento una excesiva afición por el dinero; sé conformarme con lo que tengo, Jean Luc.

Barain sonrió comprensivamente.

—Es usted una muchacha magnífica, Imógene. Dichoso del hombre que logre conquistar algún día su corazón. Quizá existe ya —apuntó él intencionadamente.

—Hasta ahora, no, Jean Luc. Más adelante..., pero eso es cosa que no se puede predecir por el momento. ¿Volvemos?

—Claro. —Barain empezó a colocarse de nuevo el equipo.

—Me gustaría arrojar una última mirada al taclodo —dijo ella.

—Si lo desea, podemos hacerlo, aunque le anticipo que no podrá conseguir ver nada ahora, Imógene.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Son muy rápidos para cerrar las valvas cuando notan algún peligro, pero luego, a veces, tardan días enteros y aun semanas en abrirse de nuevo.

—Comprendo, De todas formas, aun cerrado, es un espectáculo como pocas veces puede verse, Jean Luc.

—Conforme. ¿Vamos?

Se sumergieron nuevamente y contemplaron durante unos momentos el maravilloso espectáculo: que ofrecía el molusco gigante, completamente inmóvil a quince metros bajo la superficie. Luego se encaminaron hacia el túnel y unos minutos después estaban ya en la parte alta de los cantiles.

Imógene se despojó del pesado equipo de escafandrista. Se secó un poco el cuerpo con una toalla y al terminar, dijo:

—Voy a ponerme de nuevo el vestido, Jean Luc.

—De acuerdo. Cuando vuelva, tendré preparados unos bocadillos.

Ella le miró, sonriendo luminosamente.

—Tengo el apetito de un lobo. Y la línea no me importa en absoluto.

—Resulta consolador oírle hablar así —sonrió él—. Eso me gusta mucho, Imógene.

La muchacha movió ligeramente la cabeza, sin dejar de sonreír. Luego recogió sus vestidos y se encaminó hacia la espesura.

Al llegar a lugar cubierto, respiró profundamente. Podía decir que su tarea estaba a punto de darse por terminada. Ya conocía los motivos por los cuales había sido asesinado Raymond. También conocía el nombre del asesino. Sólo faltaba hallar las pruebas suficientes..., pero, aunque lo, consiguiera, ¿qué persona había en la isla con autoridad suficiente para proceder a una detención?

De pronta se le ocurrió la idea de que Jean Luc era un policía. Si era así, ¿cuál era su papel? ¿Por qué estaba en la isla? ¿Sólo por la muerte de Raymond? Se le hacía muy extraño que la Jefatura de Policía de Papeeté hubiera destacado hasta Rurutu a uno de sus hombres para investigar una muerte que nadie, a lo que creía, había denunciado. No, si Jean Luc era un policía, se encontraba en la isla por otros motivos bien diferentes, aunque muy posiblemente relacionados con su hermano. ¿Cuáles eran esos motivos?

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se había quitado las dos piezas de su traje de baño y que se hallaba completamente desnuda. Se agachó para recoger los vestidos y en el mismo momento vio la cabeza de un hombre que la espiaba a corta distancia, semioculto entre los arbustos cercanos.

El espanto la dejó clavada en el sitio durante unos momentos. No fue tanto por haber sido sorprendida en su absoluta desnudez, como por el hecho de que acababa de reconocer al hombre que la contemplaba desde tres o cuatro pasos de distancia.

Un súbito grito se escapó de sus labios. Irguióse bruscamente, cubriéndose el cuerpo con el vestido, a la vez que retrocedía dos o tres pasos. De pronto tropezó y cayó de espaldas. El vestido se le escurrió a un lado.

—¡Jean Luc! ¡Jean Luc! —gritó frenéticamente.

Delante de ella hubo un agitar de hojas. Luego oyó el rumor de los pasos de un hombre que huía a la carrera.

—¡Jean Luc! —gritó de nuevo.

El joven se presentó en el claro segundos después.

—¡Imógene! ¿Qué le ha sucedido?

Ella se sentó en el suelo, cubierta apenas por el vestido. Su mano

señalaba un punto.

—¡Allí! —dijo histéricamente—. ¡Había un hombre que me miraba... mientras me cambiaba de ropa! ¡Lo he reconocido, Jean Luc! ¡Era el reverendo Starries!

—Starries —murmuró él. Sacó la pistola y se lanzó hacia adelante, apartando los ramajes con ambas manos.

Terriblemente asustada, Imógene se vistió con grandes prisas. Temblaba de pánico y no sabía qué hacer. Por unos momentos había creído estar en presencia de un fantasma, pero la razón le dijo que no existían aparecidos y que el hombre a quien había visto era un ser carnal. Se preguntó aturdidamente cómo habría conseguido ganar la isla el reverendo Starries, sin poder encontrar una respuesta satisfactoria. Estremecida de pavor, aguardó la vuelta del joven, hecho que se produjo unos minutos después.

—Escapó —dijo Barain sombríamente.

Ella le agarró nerviosamente por un brazo.

—Jean Luc, ¿no piensa que soy una mujer histérica?

—En absoluto. Usted tenía razón, Imógene. Si vio el rostro del predicador, era él, sin el menor género de dudas.

—Pero... el capitán Olson dijo que había muerto. ¿Cómo, ha podido resucitar?

—No hay resurrección donde no hay muerte previamente, Imógene —dijo él juiciosamente—. Si mal no recuerdo, el capitán Olson sólo dijo que el reverendo Starries había desaparecido, lo cual no debe ser confundido en modo alguno con su fallecimiento.

—Insinuó que podía haberse arrojado por la borda —exclamó ella.

—Insinuar no equivale a afirmar, Imógene.

—Pero, la desaparición se produjo a gran distancia de Rurutu. Es materialmente imposible que Starries haya podido llegar a nado hasta la isla. ¿Dónde se escondió? ¿Cómo desembarcó?

Barain sonrió enigmáticamente.

—Creo que tengo una idea, pero he de confirmarla. De momento, lo mejor que podemos hacer es volver a: los acantilados y comer, Imógene.

—Yo he perdido el apetito por completo —dijo ella en tono plañidero.

—Vamos, vamos, no se deje abatir por las circunstancias. Hemos

estado haciendo, mucho ejercicio bajo el agua y hemos de reponer energías. No tema; el reverendo Starries no volverá por aquí. Al menos, en el día de hoy, se lo aseguro.

—Usted parece estar muy seguro de todo, Jean Luc. Me gustaría poder compartir su optimismo. —De pronto se puso terriblemente encarnada—. Ese granuja... me reprochó en la goleta que vistiese pantalones... y luego estaba mirándome mientras me cambiaba de ropa.

—Seguramente se recreaba con el espectáculo —rió él alegremente.

—¡No me gustan cierta clase de bromas! —exclamó Imógene, furiosísimo—. ¡El muy sinvergüenza! Y luego irá por ahí predicando moral.

—Ése es tan predicador como yo un lama tibetano. No se preocupe; no trataba de aprovecharse de su belleza, sino, simplemente, la espiaba para ver qué hacía, lo cual es muy distinto. Aunque —añadió con buen humor— haya matado dos pájaros de un tiro, como suele decirse.

Imógene contestó con un bufido. Barain volvió a reír.

CAPÍTULO XIII

El suelo retembló bruscamente, a la vez que los lejanos ecos de una tremenda detonación conmovían la atmósfera. Terriblemente sobresaltada, Imógene se sentó en el lecho, tratando de adivinar los motivos que habían causado aquel ruido tan fuerte.

La aldea estaba en silencio, entregados al descanso sus moradores. De repente, sonaron unos gritos. Imógene entendió que los isleños se habían sentido alarmados por la detonación. Presurosamente, cubrió su cuerpo con una bata y se calzó unas zapatillas. Luego encendió la lámpara, después de lo cual corrió hacia la puerta.

En la explanada que formaba como una gran plaza circular, había numerosos isleños, muchos de ellos provistos de lámparas de todas clases. Hablaban excitadamente entre sí, comentando la detonación que había quebrantado su sueño.

Un hombre pasó corriendo por delante de ella. Imógene le llamó a gritos. El hombre se le acercó.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ese estampido?

—No lo sé, señorita. Ninguno lo sabemos. —El nativo se alejó.

Imógene permaneció unos momentos en la puerta de la cabaña. Luego, retrocedió al interior, y se cambió de ropa apresuradamente. Acto seguido, se dirigió a la casa de Lerap.

Llamó a la puerta un par de veces. La imagen de Azea, la nativa, apareció delante de sus ojos unos segundos más tarde.

—¿Dónde está su esposo? —preguntó Imógene. Súbitamente reparó en que Azea llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Ha salido. Tenía trabajo —contestó la isleña evasivamente.

—¿Trabajo? —repitió ella—. ¿A estas horas?

—Supongo que Andy puede hacer lo que quiera, sin necesidad

de dar explicaciones a nadie, ¿no es eso? —contestó Azea belicosamente.

—Por supuesto. ¿Qué le ha sucedido en el brazo? —preguntó Imógene de pronto.

—Me caí y me hice un poco de daño. ¿Necesita alguna cosa más de mí? —El tono de Azea no tenía nada de acogedor.

—No —contestó la joven—. Muchas gracias. Adiós.

Giró sobre sus talones y se marchó en el acto, refugiándose de nuevo en la cabaña. Consultó la esfera del reloj. Eran las doce de la noche.

El ruido de la explosión, cuyas causas no sabía a qué atribuir, la había desvelado por completo. Se notó muy excitada. Hubiera querido ir en busca de Barain, pero sólo en aquel momento reparó en que desconocía por completo el alojamiento del joven. Ciertamente que un día le había visto guarecerse en una cabaña con la isleña que solía acompañarle, pero sabía que no era allí donde residía. Inquieta y desasosegada, prendió fuego al cigarrillo.

De pronto recordó el brazo de Azea. La explicación que le había dado la nativa le pareció falsa e insuficiente. ¿Y si la lesión tuviese un origen distinto de la caída que Azea había mencionado?

Terminó el cigarrillo y casi a renglón seguido encendió otro. Al concluirlo, apagó la luz y se tendió en el lecho.

No podía conciliar el sueño. Los sucesos de los últimos días bailaban en su mente una frenética danza, un enloquecedor torbellino que excitaba sus nervios y la mantenía desvelada. Presentía que el final se acercaba rápidamente, que en unas horas más, todos los misterios que aún quedaban por resolver quedarían aclarados satisfactoriamente. Pero ¿dónde estaba Jean Luc? ¿Por qué no se había dejado ver cuando se oyó la explosión?

Al cabo de dos horas, aún no había conseguido conciliar el sueño. Comprendió que ya no podría dormir en el resto de la noche y, levantándose, empezó a pasear por su dormitorio, con un cigarrillo entre los dedos, mientras reflexionaba acerca de lo que podía hacer. De pronto se le ocurrió una idea y se maravilló de no haberla concebido antes.

No lo pensó dos veces. Era preciso ayudar a Jean Luc en lo posible, y para ello podía hacer algo que, estimaba, era susceptible de dar un buen resultado. Sin pérdida de tiempo, revolió su

equipaje hasta dar con una blusa y unos pantalones oscuros, que se vistió apresuradamente. Calzóse unas sandalias y, sin entretenerse un segundo más de lo estrictamente necesario, salió de la cabaña.

Dio la vuelta, caminando por la parte posterior hasta alcanzar la casa donde vivía Lerap. Escuchó atentamente durante unos minutos; no se escuchaba el menor sonido. Azea debía estar durmiendo profundamente, mientras su esposo..., si realmente lo era, se hallaba en algún lugar ignorado, ejecutando una labor que le pareció no podía tener nada de buena. Tanteó los muros de bambú y paja hasta encontrar la ventana del despacho.

Se izó a pulso y pasó al interior de la estancia, procurando no hacer el menor ruido. Al cabo de unos momentos, sacó una caja de fósforos y encendió uno.

Aplicó la llama a un quinqué de petróleo que había sobre la mesa. Las tinieblas se disiparon instantáneamente. Sin vacilar en absoluto, Imógene se sentó ante la mesa de despacho y empezó a hurgar entre los papeles comerciales del dueño de la casa.

La labor era ingrata, pero no por ello cedió. Estuvo investigando durante una hora larga, al cabo de cuyo tiempo decidió que no había hallado nada de lo que deseaba.

Se reclinó en el sillón, meditando profundamente durante unos momentos. ¿Dónde estaba la cartera de Raymond? ¿Se habría percatado Lerap de que ella la había visto el primer día de su llegada?

Paseó su vista por la mesa de despacho. Había a ambos lados de la misma dos hileras de a tres cajones cada una. Abrió uno tras otro, revisándolos con toda minuciosidad. El sexto estaba cerrado con llave.

Imógene miró en busca de un instrumento que le permitiese abrir el cajón. Encima de la mesa había un abrecartas en forma de puñal, cuya forma le hizo estremecer; era idéntico al que había causado la muerte a la pobre Sue Tamoté.

Cogió el abrecartas y empezó a forcejear. Unos momentos después sonaba un fuerte chasquido.

Llena de alegría, Imógene abrió el cajón. Sus ojos brillaron; la cartera de Raymond estaba en su interior.

La examinó rápidamente, sin encontrar en ella nada de particular. Frunció el ceño; tenía el presentimiento de que Raymond

tenía que haber dejado tras sí algo más que una cartera que sólo contenía documentos carentes de importancia. De pronto vio en el fondo del cajón lo que parecía ser una agenda de notas, con tapas de piel.

Tomó la agenda. Por el examen de la primera página comprendió que había sido adquirida en una librería de Papeeté. Continuó pasando hojas; el nombre de su hermano, su dirección en San Francisco, así como el teléfono y el nombre de la persona —ella— a quien había de avisarse en caso de accidente, apareció en la siguiente hoja.

Luego siguió leyendo. Se enteró de muchas cosas, de numerosos detalles que ignoraba. Los misterios en que hasta entonces había estado, envuelta empezaron a disiparse en gran parte.

Súbitamente, cuando más entretenida estaba en la lectura de las notas de la agenda, oyó una voz de tonos enérgicos:

—¿Tiene la bondad de dejar esa agenda en el mismo lugar donde la ha encontrado, *miss* Driscoll?

Imógene levantó la cabeza. Azea estaba en el umbral de la habitación contigua, apuntándole con una pistola de pavoroso aspecto.

En lugar de asustarse, Imógene sintió una extraña calma. Púsose en pie tranquilamente y sonrió, a la vez que lanzaba la agenda al fondo del cajón.

—Ya está —dijo—. Supongo, —añadió— que ahora me matará, cosa que no pudo conseguir ayer, cuando nos tiroteó al señor Barain y a mí en el sendero, ¿no es cierto?

—Animada por el silencio de la nativa, exclamó. —Apostaría a que si la examina un médico, encontraría en su brazo una herida de bala, ¿no es cierto?

Los ojos de la nativa despidieron fulgores de odio.

—¡Maldita! —Silabeó—. Usted correrá la misma suerte que su hermano...

—¿Iré a parar al vientre de un tiburón?

—Irá a parar a un sitio donde le echarán encima una tonelada de tierra —dijo la isleña rabiosamente. Su mano se crispó en torno a la culata del arma—. No nos gustan los entrometidos en Rurutu, ¿sabe? Nunca debió haber venido a la isla, *miss* Driscoll. Eso es lo que va a ser su perdición, se lo aseguro.

Imógene asintió pensativamente:

—Es posible —convino—. De todas formas, no sé si se atreverá a disparar aquí. El ruido del disparo se oiría en la aldea y usted no lo pasaría muy bien que digamos, Azea.

Una sombra de preocupación apareció en los ojos de la indígena. Imógene, extrañada de la gran tranquilidad que sentía, decidió continuar su ataque. Por encima de todo, debía distraer la atención de Azea.

—No lo van a pasar ustedes muy bien —repitió, pluralizando—. Se les pedirá estrecha cuenta de la muerte de mi hermano Raymond y... ¡Hola, Jean Luc! —exclamó de pronto—. Pasa, pasa y escucharás una conversación muy interesante.

Azea desvió la vista un instante, el tiempo justo para que Imógene pudiera arrojarle al cuerpo la silla que tenía al alcance de sus manos desde hacía unos minutos. La nativa soltó un grito de cólera al darse cuenta de que había sido engañada, y en el mismo, momento la silla le golpeó en el vientre y en los muslos, derribándola de espaldas.

La pistola se le escapó de los dedos. Azea trató de recuperarla, pero Imógene, más rápida, levantó el pie y golpeó el brazo herido de la isleña. Azea lanzó un gemido de angustia y se revolcó por el suelo, presa de un dolor intolerable.

Con toda tranquilidad, Imógene recogió el arma y apuntó con ella a la isleña. Aunque no había empuñado una pistola en su vida, sabía, sin embargo, que bastaba presionar el gatillo para hacer salir la bala.

—Los papeles se han trocado, simpática Azea —sonrió ampliamente—. Levántese, ¿quiere?

La nativa se puso en pie, agarrando con una mano el miembro lisiado, a la vez que arrojaba hacia Imógene una mirada preñada de odio. Imógene hizo caso omiso de aquella expresión y dijo:

—Ahora me va a contar detalladamente todo lo que ocurrió, Azea. Y le juro que si no lo hace...

En el mismo momento, una mano masculina sujetó su muñeca con fuerza irresistible, Imógene se sintió envuelta en una nauseabunda ola de sudor, a la vez que escuchaba una voz dulzona, de tonos inconfundibles.

—Si le parece, *miss* Driscoll, yo puedo darle todas las

explicaciones que —precise. ¿Quiere soltar el arma, por favor? Tengo una pistola apuntando directamente a su costado. ¿La nota usted?

Imógene percibió claramente la presión de un cuerpo duró contra su cuerpo. Lanzó un fuerte suspiro y exclamó:

—Sí, se nota perfectamente, señor Lerap. —Abrió los dedos y dejó caer la pistola al suelo, de la cual se apoderó Asea en el acto—. ¿Y ahora?

Lerap pasó por delante de ella y se situó a dos pasos, apuntándole con otra pistola.

—Ahora, mi querida *miss* Driscoll, le daré cuantas explicaciones precise. Después —añadió en tono siniestro, amenazador—, ¡correrá la misma suerte que su entrometido hermano!

CAPÍTULO XIV

En silencio, Lerap indicó a Imógene una silla. La muchacha se sentó sin formular la menor objeción, constreñida a obedecer bajo la amenaza de las dos pistolas. La tranquilidad que había sentido hasta entonces, empezaba a abandonarla, aunque procuró mantener el semblante impasible y la expresión sosegada.

—¿Y bien? —dijo al cabo de unos momentos—. ¿Qué tiene que contarme usted de mi hermano Raymond, señor Lerap?

El hombre meneó la cabeza.

—Era un buen muchacho y no le miento, *miss* Driscoll. Yo le apreciaba mucho y todos lo apreciaban en la isla. Fue una lástima que tuviese que terminar tan mal.

Imógene procuró dominar la indignación que sentía al escuchar semejantes frases.

—En el estómago de un tiburón, ¿no es cierto? Bonita excusa para encubrir un repugnante asesinato.

—Pues, aunque usted no lo crea, así tuvimos que hacerlo. Uno de mis hombres le golpeó hasta atontarlo y luego lo arrojó al mar. Es cierto, fue devorado por un tiburón.

—¡Y lo dice tan tranquilo! —exclamó ella, enfurecida.

—Tan tranquilo, no; ya le he dicho que apreciaba a Raymond. Pero, créame, no me quedó otro remedio que matarlo.

—Para apoderarse de un sensacional descubrimiento que había hecho, y de una fortuna en perlas que había hallado, ¿no es cierto, señor Lerap?

—Mitad y mitad, *miss* Driscoll —confesó sorprendentemente el asesino—. Vea, Raymond y yo nos habíamos hecho muy amigos, tanto que no me hubiera importado en absoluto que se hubiese llevado el centenar de perlas que había recolectado, pese a que con

ello quebrantaba los términos del pacto establecido.

—¿A qué pacto se refiere usted, señor Lerap? —preguntó ella, notablemente intrigada.

—Tenía que darnos la mitad de las perlas que obtuviese y se negó a ello. Pasé por alto su falta de palabra, pero había otra cosa que no podía tolerar, que no puedo tolerar absolutamente en nadie que intente hacer lo mismo que pretendía su hermano.

—No le entiendo —dijo Imógene.

—Raymond quería llevarse la perla gigante.

Hubo un momento de silencio. Imógene procuró analizar la situación provocada por las palabras de Lerap. Éste, continuó antes de que la muchacha hubiese podido hallar una respuesta adecuada.

—Miss Driscoll, llevo más de veinte años en la isla. Puede creermelo si le digo que conozco la existencia de esa perla fabulosa prácticamente desde mi llegada a Rurutu. Entonces —se palmeó el vientre—, no estaba tan gordo y podía llegar fácilmente conteniendo la respiración, al fondo de la cueva, para contemplar aquel maravilloso espectáculo. Ahora puedo hacerlo gracias a ese magnífico invento que es la escafandra autónoma. Lo de menos, repito, es el centenar de perlas que Raymond había conseguido, de las cuales me pertenecían cincuenta. Hubiera pasado por todo, menos por lo que su hermano pretendía hacer. Esa fabulosa perla negra no debe salir del lugar en donde se encuentra actualmente, sería un horrible pecado arrancarla de su sitio. Por eso maté a su hermano, miss Driscoll.

Imógene estudió el rostro de su interlocutor. Lerap tenía las facciones cubiertas de sudor y sus ojos brillaban con extraños fulgores. Al verlo, comprendió que Lerap vivía solamente por y para la perla negra, iluminado, obsesionado por aquella colosal joya de inestimable valor, elaborada por el taclodo a lo largo de incontables años de silencioso e inmóvil trabajo. Comprendió que Lerap hubiese llegado al crimen por la perla, pero no lo disculpó. Además, se habían cometido otras muertes y lo citó.

—Fue Starries, el cual se hacía pasar por predicador, a fin de realizar mejor su tarea.

—¿Qué clase de tarea, señor Lerap?

El hombre sonrió.

—Contrabando de perlas —dijo llanamente—. Hay varios bancos

perlíferas en Rurutu, pero las autoridades francesas de Papeeté son muy exigentes. No nos convenía que la aduana metiese sus pecadoras narices en sus asuntos.

—Y por eso mataron a Ri-Ri, quisieron matarme a mí... y asesinaron también al infeliz Fogger.

—Ri-Ri quería decirle a usted lo que había sido de su hermano. Starries estimó que el silencio era lo más conveniente en semejante coyuntura. Por supuesto, yo no me hallaba a bordo de la «Ata-Nui»;

de lo contrario, las cosas se hubieran desarrollado de un modo muy distinto. Starries, pese a su untuoso aspecto, carece de diplomacia, ésta es la verdad.

—¿Y Fogger? ¿Lo mataron para que no hablase también? Lerap sonrió.

—Fogger era un hombre insignificante, con el vicio de creerse muy superior a lo que valía realmente. Amenazó a Olson con hablar, pero ¿qué iba a declarar, si no sabía nada? Además, me crea usted o no, cuando Starries cortó la escota, el golpe no iba dirigido contra él, sino contra usted, *miss Driscoll*. Repito que si me hubiera hallado yo a bordo de la goleta, las cosas se habrían desarrollado de un modo enteramente distinto.

—Lo cual no le impide hablar ahora de mi muerte con toda tranquilidad —dijo ella.

—Las cosas han cambiado. Estoy obligado a mantener el silencio sobre nuestras actividades, compréndalo, *miss Driscoll*.

—Actividades, de las cuales el capitán Olson es cómplice distinguido —exclamó la muchacha.

—Sólo miembro de honor —contestó Lerap con insospechado humorismo—. Más o menos, sabe lo que hacemos y nos tolera, a cambio, claro está, de un sustancioso aditamento extra en sus ingresos.

—Pero, la banda está compuesta solo por usted y por Starries. Ah, perdón; olvidaba que Azea está aquí. ¿Le dijo la forma en que había sido herida?

Lerap soltó una risita.

—Azea es muy impulsiva. Crea que desapruuebo enteramente la acción que ha realizado, *miss Driscoll*. Lo hizo sin mi

consentimiento, se lo aseguro.

—Bien —dijo Imógene—, supongo que ya no me queda mucho por saber. He leído la libreta de notas de mi hermano y he podido enterarme de algunas cosas muy interesantes. El resto me lo ha explicado usted. Y ahora, dígame, ¿dónde están las cien perlas que había recogido mi hermano?

—Si le digo la verdad, no me va a creer usted, *miss Driscoll*.

—Hable sin miedo, señor Lerap. Después de todo lo ocurrido, estimo que ya hay pocas cosas que puedan impresionarme en exceso.

—Pues bien —suspiró el hombre—, ya que lo quiere así... Están, calculo, en el estómago del tiburón que devoró a su hermano.

—¡Qué! —Se espantó Imógene.

—Supongo que debe ser así, puesto que no he hallado el menor rastro de las perlas. Raymond tenía la costumbre de guardarlas en una cajita de metal impermeable, que llevaba sujeta a su cinturón de cuero. El hombre que... que lo arrojó al mar, olvidó tan esencial detalle, con lo que si bien es cierto que continuó preservando la existencia en Rurutu de la perla gigante, no es menos cierto que perdí una fortuna evaluada en más de cien mil dólares. Sí, esas cien perlas deben hallarse ahora en la panza de un escualo que vaya a saber dónde estará ahora.

—¿Y qué fue del hombre que mató a Raymond?

Lerap puso cara compungida.

—Se mostró demasiado insolente conmigo, *miss Driscoll*.

—Entiendo —dijo ella, sintiendo una enorme aversión hacia un sujeto que hablaba con toda tranquilidad de las muertes cometidas—. Un estorbo suprimido y, como usted ha dicho antes, un sustancioso aditamento extra en sus ingresos.

—Ni más ni menos, *miss Driscoll*.

—Muy bien —dijo ella, cuadrando las mandíbulas—. Y ahora, dígame, ¿piensa arrojarme también al mar?

—El procedimiento, empieza a resultar monótono, pero no por ello es menos seguro para mí —contestó Lerap.

Imógene lanzó un suspiro, fingiendo una tranquilidad que no sentía en absoluto. «Jean Luc, clamó silenciosa y desesperadamente, ¿dónde estás?».

—Se me olvidaba una pregunta —dijo de repente.

—Hágala. El tiempo se nos acaba y quiero terminar con usted antes de que sea de día.

—Muy bien —contestó Imógene—. Me gustaría saber a qué obedece el ruido que se oyó a medianoche.

Una indefinible sonrisa apareció en los labios de Lerap.

—No siento el menor deseo de que nadie vuelva a acercarse a la perla negra. Permanecerá allí para siempre, sin que ninguna persona se atreva a penetrar en la cueva submarina, ni yo mismo, *miss* Driscoll. He volado parte de las rompientes con dinamita. Ahora, los tiburones podrán entrar y salir libremente en el cuenco. ¿Comprende?

Imógene asintió con la cabeza. Ya sabía todo cuanto había ansiado saber, excepto una cosa: ¿La atontarían antes de lanzarla a los tiburones?

Bruscamente, una voz harto conocida resonó desde la puerta. Imógene estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

—Sus explicaciones han resultado muy detalladas, Lerap, cosa por la cual le estoy sumamente agradecido. Tenga la bondad de bajar la mano en que tiene la pistola o dispararé contra usted.

CAPÍTULO XV

Lerap lanzó un rugido de rabia al verse sorprendido, a la vez que se volvía rápidamente hacia la puerta. Imógene y Azea miraron también hacia la entrada.

Barain irrumpió en la estancia armado con una pistola. En la mano derecha llevaba un pequeño billetero abierto de par en par.

—Inspector Barain, de la Jefatura de Policía de Papeeté —se presentó—. Señor Lerap, voy a detenerle, acusado de una serie de delitos, que no voy a enumerar ahora, porque no es necesario, ya que todos los conocemos. Gracias por las explicaciones que ha tenido la bondad de facilitar a *miss* Driscoll; ella resultará un precioso testigo cuando lo juzguen a usted. Y el capitán Olson también; dirá muchas cosas con tal de descargar su responsabilidad. ¡Tiren la pistola; los dos! —ordenó el joven, imperativamente.

El voluminoso pecho de Lerap se hinchó profundamente. Bajó la mano armada y luego dejó escapar el aire poco a poco. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Bien, me ha atrapado usted, inspector. Ya no tengo nada que hacer, excepto...

Imógene lanzó un agudo grito, intuyendo que Lerap no se iba a entregar tan fácilmente. La mano del jefe del puesto comercial se alzó rápidamente.

Barain adivinó la acción de su contrincante y se arrodilló velocísimamente, a la vez que presionaba el gatillo de su pistola. Sonó un disparo.

Alcanzado de lleno en el pecho, Lerap giró violentamente sobre sí mismo. A mitad del giro, su cuerpo, sufrió una espantosa convulsión y su mano se movió fuertemente. La pistola que aún empuñaba, vomitó una llamarada que abrasó el rostro de Azea,

cortando en seco el grito de espanto que había iniciado la nativa.

El suelo retembló con el impacto del corpachón de Lerap. Un segundo más tarde, Azea se desplomaba, quedando cruzada sobre él.

Barain se puso en pie, meneando la cabeza sombríamente.

—No debió haber intentado resistirse —dijo—. Jamás me ha gustado tener que recurrir a las armas de fuego. —Miró a la muchacha y preguntó—: ¿Se encuentra bien, Imógene?

Ella asintió en silencio. Su rostro estaba cubierto de una espantosa palidez. Fuera, en la explanada, se oían numerosos gritos de los nativos, alertados por las detonaciones.

De pronto, Imógene lanzó un agudo grito, a la vez que su mano señalaba hacia la ventana.

—¡Jean Luc! ¡Allí, Starries, estaba espiándonos!

Barain reaccionó en el acto, abalanzándose hacia la ventana.

—Quédese aquí y no se mueva. Yo voy a ver si puedo capturarlo. Saltó a través de la abertura y se perdió en la oscuridad.

Volvió a poco, sin haber conseguido lo que deseaba.

—Está en la isla y no puede escapar —manifestó—. Ya le encontraremos, no se preocupe.

* * *

Myron Starries llegó a las inmediaciones del cuenco e, inmediatamente, empezó a prepararse para una rápida inmersión. Tenía que darse prisa y actuar antes de que el maldito policía le echase el guante. Claro que la

«Ata-Nui»

no estaba reparada y no podría escapar en ella, pero conocía a un par de isleños que le llevarían fuera de Rurutu en una de sus embarcaciones. Tenía medios de sobra para convencerles de que debían secundarle.

Lerap, ¡qué chiflado! Dejar la perla negra en la cueva submarina. El muy granuja... se había guardado el secreto para sí y no quería que una joya semejante saliese a la luz del día. Mil veces estúpido, eso era o había sido Lerap. El no iba a consentir, naturalmente, en que una maravilla semejante permaneciera ignorada, máxime si podía obtener millones de ella. Claro que lo primero que tenía que

hacer era escapar de la isla —confiaba en lograrlo— y luego dejar pasar un tiempo prudencial antes de intentar la venta de la perla gigante..., pero todo se andaría. ¿Tiburones? En sus años mozos los había sorteado con toda facilidad y había matado más de uno con un simple cuchillo bajo el agua. ¿Qué diablos podía importarle a él ahora que el magnífico idiota de Lerap hubiese volado la pared de los rompientes?

Terminó de equiparse y se lanzó hacia el agua. Provisto de una potente antorcha eléctrica, nadó hasta encontrar la entrada al túnel. Pronto encontró la cueva.

Descendió casi hasta el fondo. El taclodo tenía las valvas a medio abrir, separadas unos cuarenta o cincuenta centímetros, abertura más que suficiente para que pudiera contemplar fascinado el esplendente espectáculo de aquella perla única en el mundo. Estuvo unos momentos absorto, inmóvil, flotando entre dos aguas, a la vez que meditaba en el modo mejor de arrancar aquel tesoro de su emplazamiento actual.

De pronto notó un pequeño arremolinamiento en las aguas de la cueva. Se volvió bruscamente a la vez que apagaba la antorcha eléctrica. Era ya de día y el rayo de luz que penetraba por la abertura del techo proporcionaba la suficiente iluminación para poder ver los detalles con toda claridad.

Se cambió la antorcha de mano y sacó el cuchillo de defensa. El escualo evolucionó a unos cuantos metros por encima de su cabeza, mostrando el vientre plateado, largo, enorme, inacabable. Starries aguardó allí; su posición, en un plano inferior al del tiburón, era inmejorable. No atacaría, pero sabría defenderse si era atacado.

El escualo dio una vuelta completa y luego se lanzó bruscamente hacia ahajo, en dirección a él. Starries retrocedió; sabía que la acción del tiburón no era más que una finta destinada a estudiar a su enemigo. El animal estaba extrañado por los reflejos que despedía su máscara de cristal y dudaba en atacar. Pero pasó tan cerca de él que le obligó a retroceder un poco. Entonces sintió que su pie derecho tocaba algo blando y viscoso.

Una inmensa oleada de horror le envolvió al comprender lo que le pasaba. Quiso sacar el pie, pero ya era tarde. Con fuerza irresistible, el taclodo cerró sus valvas, atrapándole la extremidad por el tobillo. Starries percibió con toda claridad el crujido de sus

propios huesos, al mismo tiempo que una onda de insoportable dolor le subía por el miembro hasta la cabeza.

Forcejeó para soltarse, aunque harto sabía que sus esfuerzos iban a resultar inútiles. El tiburón volvió nuevamente a la carga. Con los ojos llenos de lágrimas por el terrible dolor que sentía, Starries levantó la mano armada. Su estado de inferioridad le hizo fallar el golpe.

El costado del tiburón rozó su brazo, despellejándose desde el codo a la muñeca. El puñal se escapó de sus dedos repentinamente entumecidos y descendió lentamente al fondo de la caverna.

Starries forcejeó para librarse de aquella inhumana presión que le tenía firmemente sujeto. Empeño inútil.

El escualo dió un par de vueltas más alrededor de la caverna. La sangre fluía como un líquido verdoso de la pierna y del brazo de Starries. El animal percibió sus emanaciones. Se detuvo unos momentos, a cinco o seis metros de Starries mientras iba moviendo lentamente su cola, a la vez que abría y cerraba su enorme boca, armada con dientes tan duros como el acero. Los ojos de Starries estaban desorbitados.

Olvidándose de que se hallaba a doce metros de profundidad, Starries abrió la boca para gritar. Manoteó frenética, enloquecidamente, tratando de espantar al animal. Un chorro de burbujas se escapó de sus labios al soltar la boquilla de respiración.

Súbitamente, el tiburón se lanzó hacia adelante.

* * *

El sol derramaba sus rayos pródigamente sobre la isla. Los isleños tenían un nuevo aspecto, muertos Lerap y Azea. La expresión de temor había desaparecido de sus rostros.

—De modo que fue usted el que me tapó la boca con la mano cuando vio que se abría la cubierta del ataúd.

—Sí, y la conduje a su camarote al sentir que se desmayaba. No me convenía en absoluto que empezase a soltar gritos que alarmasen a todo el mundo.

Imógene asintió pensativamente.

—De modo que lo que yo creí un fantasma, no, era sino Starries, que estaba «probando» el ataúd.

—Ciertamente —rió Barain—. Éste fue el medio que empleó para introducirse en la isla, fingiendo su desaparición, de acuerdo con el capitán Olson, y después de haber lanzado al mar al legítimo «ocupante» del sarcófago.

—Pero... no entiendo por qué me narcotizó usted.

—Por la misma razón que le tapé la boca; no quería que usted interfiriera mis investigaciones. Temí que cometiese alguna imprudencia aquella noche y no se me ocurrió otra cosa que coger un frasco de cloroformo que había en el botiquín del barco.

—No le perdonaré nunca el susto que me dio, Jean Luc —dijo ella con fingida severidad.

De pronto, se miraron a la cara los dos y se echaron a reír.

—Todo se ha terminado ya, Imógene —suspiró Barain—. Ahora, habremos de esperar a que el capitán Olson termine de reparar el casco de la goleta y nos lleve de vuelta a Papeeté.

—Pero el motor...

Barain rió de nuevo. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un trozo de metal.

—Cuando haya cerrado la vía de agua, colocaré esta pieza de nuevo en su sitio. Entonces, el motor funcionará normalmente.

—Es usted un verdadero demonio, Jean Luc —rió ella. De pronto, su rostro se ensombreció—. De todas las muertes ocurridas, incluida la de mi hermano Raymond, la que más me duele es la de la pobre Sue Tamoté.

—Azea debió darse cuenta de ello y estuvo espiándola hasta que vio que se acercaba a su cabaña. Esto es una suposición, claro está, pero estimo que es lo que más se aproxima a la realidad.

—Sí, así debió ocurrir —convino Imógene.

Callaron de pronto. Al cabo de unos momentos de silencio, Jean Luc tomó las manos de la muchacha.

—Imógene.

—¿Sí, Jean Luc?

—¿Qué es lo que piensa hacer después? ¿Volverá a los Estados Unidos?

Ella le miró fijamente durante unos segundos.

—Allí no tengo a nadie, fuera de mis amistades. Quiero decir que carezco de familia...

—¿Por qué no intenta fundar una en Papeeté? —preguntó él

audazmente—. Con mi colaboración, por supuesto.

—¿Debo entender sus palabras como una propuesta de matrimonio, Jean Luc? —inquirió ella maliciosamente.

Los brazos del joven rodearon de pronto su talle.

—¿Y por qué no, Imógene? Vamos, ¿qué contestas?

Ella se sintió invadida de una deliciosa languidez.

—¿Qué se puede contestar en un caso semejante... sobre todo, cuando el solicitante tiene todos los triunfos a su favor? —suspiró. Y levantó el rostro hacia Jean Luc, presintiendo el beso que iba a recibir unos segundos más tarde.

* * *

Días después, cuando paseaban por las inmediaciones de la playa, haciendo planes para el porvenir, oyeron un gran alboroto.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, extrañada.

Jean Luc miró hacia la playa.

—Los isleños han pescado un tiburón. ¿Quieres venir a ver uno fuera del agua?

—Sí, vamos.

Echaron a correr. Imógene conocía ya la horrible suerte de Starries. Barain había realizado una rápida incursión a la cueva submarina, encontrándose los restos del desdichado, lo cual le dijo el fin que había tenido. En medio de todo, la muchacha se alegró de que la perla siguiese en su sitio para siempre.

Los isleños habían sacado ya el tiburón a la playa. Era un pez enorme, de más de cuatro metros de largo. Aún se movía espasmódicamente, de cuando en cuando, y sus dientes chocaban con terribles chasquidos con alguna frecuencia. Estaba prácticamente muerto, pero aún poseía la suficiente vitalidad para cortar la pierna de un hombre de un solo mordisco.

Cuidadosamente, un isleño, que empuñaba un largo cuchillo rasgó el vientre del animal, y las entrañas se desparramaron sobre la arena. Imógene volvió la vista, asqueada ante el espectáculo.

—Ahora, los isleños abrirán el estómago —dijo él—. Siempre encuentran cosas curiosas en su interior, Imógene.

—Por favor, Jean Luc —dijo ella, sintiéndose acometida de una fuerte náusea.

Repentinamente, sonaron unos fuertes gritos. Atraído por el escándalo, Jean Luc se acercó al grupo. Uno de los isleños enseñaba en su mano un objeto metálico, oblongo, que había encontrado en el estómago del animal.

Jean Luc tomó la caja cuadrada. Antes de abrirla, ya sabía lo que contenía.

Regresó junto a la muchacha y le enseñó la caja de metal.

—Mira, Imógene —dijo.

Ella obedeció. Entonces, Jean Luc abrió la caja.

Imógene emitió un grito de asombro al ver el contenido de la cajita. Las perlas brillaron al sol con fascinadores reflejos irisados. Había cien al menos.

—Jean Luc —dijo la muchacha, temblando de emoción.

Barain lanzó un profundo suspiro.

—Ha sido una singular casualidad, Imógene. Estas perlas son tuyas...

Ella movió la cabeza.

—No las quiero, Jean Luc. Me recordarían constantemente la forma en que mi hermano perdió la vida. Dáselas a los isleños, te lo suplico.

Barain la miró sonriendo.

—Sí, lo haré. Esperaba que me dijeras algo parecido y me habría sentido muy defraudado si no lo hubieras hecho así. —Entregó la caja al nativo que había desventrado al escualo y luego la rodeó con sus brazos—. Sólo debes llevar una perla, la que yo cogí en la cueva para ti.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Te prometo llevarla mientras viva, amor mío —dijo.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.